

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CARI /

Norberto Padilla

Angel Gallardo

8

Los Diplomáticos

Angel Gallardo

Norberto Padilla

Angel Gallardo

Norberto Padilla

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 8 - Enero 1995

ISSN 1668-9666

El Jockey Club de Buenos Aires se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.

Alfredo Lalor

Presidente

INDICE

I. Primeros años	7
II. Los estudios	11
III. Iniciación política	13
IV. Vida adulta	15
V. En el Consejo Nacional de Educación	18
VI. Ministro ante el Rey de Italia	22
VII. Ministro de Relaciones Exteriores y Culto	31
1. La V Conferencia Panamericana y el debate sobre armamentos	33
2. La cuestión del arzobispado de Buenos Aires	35
3. La Argentina y la Liga de las Naciones	41
4. La situación italiana y una profesión de fe democrática	43
5. Dos príncipes en Buenos Aires	45
6. Las relaciones con la Unión Soviética	47
7. Los lazos con América Latina. El desarme. Cuestiones de límites	48
8. Afirmación de los derechos argentinos en el Atlántico Sur	51
9. El convenio con Francia sobre el servicio militar	52
10. Periplo europeo	53
VIII. Ultimos servicios	58
IX. Conclusión	62



Angel Gallardo, Ministro Plenipotenciario en Italia

I PRIMEROS AÑOS

Se acercaba ya el final de la presidencia de Mitre cuando nació en Buenos Aires, un 19 de noviembre de 1867, el primer hijo del matrimonio de Don José León Gallardo y Doña Angela Lebrero.

Lo llamaron Angel, como su tío paterno, cuya muerte, acaecida en París el 18 de mayo del mismo año, había producido impresión en la ciudad. Tenía sólo 28 años y era ya un promisorio médico, que había hecho sus primeras armas en los hospitales de sangre de la guerra del Paraguay. La Revista Médico Quirúrgica hizo así su elogio fúnebre: "su sola presencia predisponía a su favor, su esmerada educación y su porte correspondían justamente a su nombre: Gallardo"¹.

El primero de la estirpe en el Río de la Plata, don Félix Antonio Gallardo Montenegro, era oriundo de Macharaviaya, un poblado cercano a Málaga, e hijo de otro Félix, Oficial de la Contaduría General de Ejército y Real Hacienda, cargos que él también detentaba, y de Antonia Aragonés Gálvez. Casó en Buenos Aires el 26 de marzo de 1792 con Paula Francisca Planchón e Illiarradi, hermana del distinguido canónigo José León Planchón, capellán real y vicerrector del Real Colegio de San Carlos, que el 22 de mayo de 1810 habría de votar por la cesación del virrey. Eran hijos del teniente de Infantería Nicolás Planchón y de Hublo, natural de Mons, en el Hainaut, y de la porteña Paula Petrona de Illarradi y del Barranco².

El hijo primogénito del matrimonio Gallardo-Planchón, Manuel Bonifacio, fue abogado de éxito, de célebres amores con la actriz Trinidad Guevara, y cuya "impaciente juventud", al decir de Chaneton, lo convirtió en uno de los adalides del bando unitario en 1824³.

Su hermano menor, José María, nacido el 19 de marzo de 1797, sufrió con él los rigores del exilio. Casó con doña Dorotea Esnaola, hija de los vizcaínos José Joaquín de Esnaola y Ezeyza y Josefa Teresa de Picazarri, hermana ésta también de un canónigo y sobrina de otro. El hermano, José Ignacio de Picazarri "puede ser llamado con justicia el iniciador de la música culta en Buenos Aires"⁴. Sospechado de adverso a la Junta de Mayo sufrió los rigores del destierro, pero una vez pacificados los ánimos volvió a la ciudad y con su sobrino Juan Pedro Esnaola abrió una Escuela de Música, siguiendo paralelamente su desempeño como eclesiástico. La "Missa Solemnis", una de las últi-

1. Apuntes biográficos del Dr. D. Angel Gallardo, por Carlos José Alvarez. Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1867.

2. Gallardo, Guillermo, "Planchón, José León" en "Genealogía", Hombres de Mayo, 1961, y Fernández de Burzaco, Hugo, "Aportes biogenealógicos para un Padrón de habitantes del Río de la Plata", 1987.

3. Chaneton, Abel, Historia de Vélez Sársfield. Tº I, pág. 63 Ed. 1938. Ver también sobre Manuel B. Gallardo: Vicente F. López, Historia de la República Argentina, Tº IX.

4. Gesualdo, Vicente. Historia de la música en Argentina. T. 1. pág. 241 y ss. Ed. Beta S.R.L.

mas y magnas creaciones de Beethoven, se escuchó por vez primera en Buenos Aires bajo la dirección del P. Picazarri.

Juan Pedro Esnaola siguió las huellas de su tío en la música. De regreso de Europa, admiraba a sus oyentes por sus interpretaciones al piano, como expresaba la crónica de El Argos:

"Lo hemos oído con asombro cantar y tocar el piano según los últimos progresos del arte y de un modo desconocido hasta ahora en el país". Fecundo compositor, autor de la versión del Himno Nacional que hoy cantamos, la música no lo absorbió totalmente, ya que alcanzó la presidencia del Banco de la Provincia de Buenos Aires⁵.

"De carácter grave y vida ordenada, Esnaola, soltero empedernido, volcó el afecto de su corazón sobre su hermana Dorotea y los hijos de ésta con José María Gallardo", escribe Gesualdo.

En efecto, a poco de casados, la vida de los esposos Gallardo se vio perturbada por el exilio que debió emprender José María. Este debió pasar al Uruguay, donde se dedicó durante trece años al comercio y la administración de un campo. En Colonia del Sacramento, durante uno de los frecuentes viajes que reunían a los esposos, separados por la persecución política, nació el padre de nuestro biografiado, José León Gallardo y Esnaola.

La ausencia del padre fue suplida por el severo tío materno, Don Juan Pedro Esnaola, a quien, en sus memorias, Angel Gallardo describe así:

"Era tan severo y tan seco que yo no le tenía mucho cariño, seguramente menor que el que él me profesaba a mí, pues me dedica una frase muy cariñosa en su testamento al dejarme una casa 'para que recuerde el nombre de su tío abuelo'. Abuelo Juan Pedro era un hombre muy serio y muy adusto que trataba a todo el mundo de Ud., pronunciando mucho la d final. Por eso mis tías Lebrero le llamaban 'el señor ustete'"⁶.

Los Lebrero maternos provenían de Génova. Don Manuel Lebrero fundó el tercer molino a vapor que hubo en Buenos Aires. De su casamiento con Leonarda Castaño nació la madre de Angel Gallardo.

Así como del matrimonio Gallardo-Esnaola nacieron Angel, el médico, y José León, del casamiento de éste con Angela Lebrero provinieron Angel, en quien se continuó la

5. Williams, Alberto. Antología de Compositores Argentinos. Cuaderno I. Los Precursores. Academia Nacional de Bellas Artes, 1941.

6. Gallardo, Angel. Memorias para mis hijos y nietos. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1982. pág. 28. En adelante, son citadas con la letra M seguida de la página en las transcripciones textuales. Guillermo Gallardo, a quien va mi recuerdo agradecido y afectuoso, me facilitó una copia mecanografiada antes de su publicación, en base a la cual realicé la primera redacción de este trabajo.

estirpe, y cuya biografía trazamos aquí, y José León, sacerdote y músico, en la tradición de sus mayores.

Angel Gallardo evoca en sus memorias⁷ que aprendió las primeras letras con su madre. De la "Anagnosia" de Marcos Sastre pasó a los folletines de los diarios y más tarde a las novelas de Julio Verne "que contribuyeron a que estudiase ingeniería, por el papel simpático e importante que en ellas desempeñan los ingenieros".

Concurrió a la escuela de las Srtas. de Quade, donde un francés, M. Fromont, se esforzaba porque sus alumnos se inclinaban sobre el microscopio. El futuro naturalista, a los seis años, memorizaba "las metamorfosis de los insectos" de Girard y la "Historia de las Hormigas" de Huber.

"Cuando volvía del colegio observaba las hormigas en el fondo de la calle Florida, donde colocaba una alfombra y me extendía para verlas más de cerca, mientras comía bizcochos de panadería y naranjas, de las cuales participaban también las hormigas. De esas observaciones comprobé que, en ciertos nidos, había además de las obreras, otras formas cabezonas (soldados de Pheidole) de las cuales no decían nada los libros, que sólo mencionaban las dos castas aladas y las obreras. Este descubrimiento me demostró que los europeos no sabían nada de nuestras hormigas y me propuse estudiarlas algún día y escribir un libro que revelara esas novedades"⁸.

Recién en 1912, estando ya al frente del Museo Nacional de Ciencias Naturales, podría concretar este sueño de infancia.

Si de tal modo nacía el sabio, el hombre público se formaba en la escuela del hogar. Eran fascinantes esas diarias caminatas bordeando el río, mientras el padre desgranaba recuerdos de Buenos Aires que gradualmente hacía sitio a la urbe moderna y cosmopolita.

Y, de vuelta en casa, Don José León evoca para él, los tiempos de la dictadura, la revolución del 11 de septiembre, la guerra del Paraguay.

"Casi todo lo que sé de historia argentina, lo he aprendido así, en forma oral". Y continúa Gallardo con lo que es el mejor homenaje a la pedagogía paterna: "Me dormía con el firme propósito de servir en alguna forma a mi patria y soñaba con los episodios que acababa de escuchar"⁹.

De repente la historia se hacía viva, como en aquella jornada, triste para una familia mitrista como la suya, en que desfilaron bajo su ventana las tropas que habían vencido

7. Gallardo, Angel. Memorias para mis hijos y nietos. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1982.

8. M., 24.

9. M., 26.

en La Verde. O en aquélla otra, seis años más tarde y en vísperas de una nueva contienda civil, cuando por la calle Florida vio avanzar el imponente cortejo que trasladaba a la Catedral los restos de San Martín.

La afición musical lo condujo, desde niño, al viejo Colón, donde triunfaban las óperas de Meyerbeer, Rossini y Verdi y se ovacionaba a Julián Gayarre, el tenor español que cantó en 1876, el mismo año en que estrenó "La Gioconda" de Ponchielli, y a Francesco Tamagno, que lo hizo dos años después y que habría de crear el "Otello" verdiano. Los Gallardo eran "tamagnistas" en ópera como mitristas en política. La ópera se filtraba también por los patios de la vieja casona de la quinta de Chacarita, en cuyo piano la madre ensayaba las románticas melodías de "Fausto" de Gounod, estrenado no hacía mucho en Buenos Aires, en acontecimiento de repercusión continental que inmortalizó Estanislao del Campo.

El campo argentino deslumbró a los hermanos, que aprendían a andar a caballo en la propiedad adquirida por el padre en Muñiz, en el partido de Moreno, donde aún se conserva la chacra.

En cierta ocasión viajó con el padre a Montevideo. Para el niño de nueve años era toda una aventura cruzar el río y luego, en la ciudad, escuchar como el padre explicaba "cuáles eran los vapores para Buenos Aires y cuáles, doblando a la izquierda, se dirigían a Europa. ¡Que iban a Europa! Estas palabras despertaron en mi ánimo vastas perspectivas y me pareció estar en la antesala del Viejo Mundo!¹⁰"

10. M., 39.

II LOS ESTUDIOS

A los quince años, Angel Gallardo ingresa con su hermano al Colegio Nacional de Buenos Aires.

El rector era, desde 1876, Don José Manuel Estrada, que, con su voz de trueno y haciendo resonar las erres, despertaba por su elocuencia el fervor de los alumnos que, en manifestación, lo acompañaron alguna vez hasta su quinta en las inmediaciones del Socorro.

Para Gallardo, empero, fue Amancio Alcorta, que sucedió a Estrada, quien elevó el nivel de la enseñanza, incorporando algunos jóvenes y talentosos profesores.

Entre sus condiscípulos, Gallardo recordaría a Octavio Pico, Carlos Rodríguez Larreta, Marcos Avellaneda, Leonardo Pereyra Iraola y a Luis Mitre, quien los llevaba a la casa del abuelo general, que, en su estudio o en la biblioteca, los saludaba "con su voz apagada, tan característica"¹¹.

Tanto Angel como su hermano José León obtuvieron las más altas calificaciones año tras año.

Ya con el título de bachiller bajo el brazo, el primero eligió seguir la carrera universitaria de ingeniería en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Pero lo que idealizó a través de los relatos de Verne y del siempre renovado atractivo del ferrocarril, pronto revelaría su insuficiencia por el carácter poco práctico de la enseñanza y las escasas posibilidades de aplicación de las teorías que se estudiaban con tanto esfuerzo.

Años más tarde, el científico reconocería la utilidad de sus conocimientos matemáticos en la investigación sobre la bipolaridad de la división celular. Por lo demás, la ingeniería ocupó sólo un momento en la vida de Gallardo, y esto aún como una carga.

Otras perspectivas se presentaban y Gallardo no dudaría en seguirlas.

Fue así que respondió a la invitación de su antiguo profesor Carlos Berg a inscribirse como alumno de Ciencias Naturales. En realidad, era el único alumno y su mentor le impartía la enseñanza en el Museo de Historia Natural. Encontraba cauce una vocación tempranamente nacida de la observación de animales y plantas y que culminaría con su graduación doctoral.

Cuando Carlos Berg falleció, en 1902, Gallardo trazó su biografía. Nacido en Curlandia, dentro del Imperio Ruso, pero de familia alemana, siendo profesor en Riga respondió a la invitación de Germán Burmeister que pedía un naturalista, de preferencia entomólogo, para el cargo de Inspector del Museo Público de Buenos Aires. En 1875

11. M., 43.

comenzó a enseñar en el Colegio Nacional de Buenos Aires, dando "allí a la Historia Natural carácter verdaderamente científico y dictó sus cursos de acuerdo con los últimos descubrimientos". Quien terminó sus días como director del Museo Nacional de Buenos Aires merecía esta honrosa definición de su antiguo alumno: "era en realidad un sabio argentino", "un argentino de corazón", Alberdi hubiese dicho que era un fragmento vivo de esa civilización que quería atraer con la Constitución Nacional. "De modales cultos y mesurados, cuidadoso de su persona y de su traje, amigo de la sociedad, en la que brillaba por su vasta erudición y de su variada y espiritual conversación, Berg era la antítesis del tipo convencional del sabio brusco, huraño y misántropo"¹². Discípulo en la ciencia como en la vida, de él pudo con justicia decirse lo mismo. En efecto, Bernardo Houssay, haciendo el elogio de Angel Gallardo, su antecesor en la Academia de Letras, expresaba:

"En tierras de España y latinoamericanas, se representa comúnmente al sabio como un sujeto raro, distraído, cuando no superfluo. Esa imagen caricatural y ficticia es símbolo de irreverencia por todo lo que sobresale y está reñido con la realidad. Gallardo certificó lo contrario. Era distinguido, atildado, culto y amable, exponía con amabilidad, claridad, precisión y sin énfasis, pero con el aplomo de quien sabe lo que dice"¹³.

12. Gallardo, Angel. "Carlos Berg, reseña biográfica", Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, 1902.

13. Houssay, Bernardo A., Discurso de... "Angel Gallardo y el porvenir de las ciencias en la Argentina", Boletín de la Academia Argentina de Letras, vol. VII, p. 317, año 1939.

III INICIACION POLITICA

Los acontecimientos del 90 nos muestran a Gallardo comprometido decididamente en la reacción contra lo que resumió como desborde de inmoralidad y ensoberbecimiento de los que rodeaban y adulaban al Presidente Juárez Celman.

No fue, pues, indiferente al fulgurante "Tu quoque juventud" con que Barroetaveña fustigaba a los adictos de Juárez y convocaba a sus opositores.

Lo vemos con Barroetaveña, Manuel Augusto Montes de Oca, Rufino de Elizalde y Marcelo T. de Alvear integrando la Junta Ejecutiva que convocó al mitin del Jardín Florida del 1º de septiembre de 1889.

Secretario del Comité de la Parroquia Catedral al Norte, tuvo a su cargo una "conferencia política" en aquél lugar el 1º de julio de 1890.

El acto se inició a las dos de la tarde con el Himno Nacional, y en la tribuna se sucedieron Francisco Ramos Mejía, Mariano Varela, Martín M. Torino, Santiago O'Farrell y el propio Gallardo.

En su discurso, que fue "vivamente aplaudido", Gallardo describe un tiempo en que reina "la indiferencia más completa, la falta de entusiasmo por todas las grandes ideas, patria, ciencia, moralidad o religión"; denuncia la primacía de "los mezquinos intereses privados" y "el monstruoso egoísmo" producido por "el positivismo anticientífico a la moda".

El hombre que tiene ya la pasión por el servicio a la comunidad comprende que el egoísmo lleva a desentenderse de la cosa pública, que cae en manos de unos pocos que trabajan en provecho propio, mientras desaparece la solidaridad social y se vive en estado salvaje dentro de la civilización.

Para el joven orador, la crisis, llegada tras una época de "inmoralidad brillante y ostentosa", permitirá que el país extraiga una lección saludable "porque debe preferirse que nuestra patria sea menos lujosa y más moral a verla convertida en una rica Cartago, con mercaderes en vez de ciudadanos"¹⁴.

La crisis no tardaría en hacer eclosión y Gallardo se contó entre los revolucionarios.

Revólver en mano no dudó en inmovilizar al ministro Juan Agustín García, para luego ocupar un sitio entre los defensores del Parque.

14. Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias. Editores Jorge W. Landesberger y Francisco M. Conte. Bs. As. 1890.

En esos días históricos, oyó el silbido de las balas, vio los muertos y heridos, sufrió las incomodidades de no tener donde acostarse y el temor de convertirse en carne de cañón.

Fue entonces que dos futuros presidentes atravesaron el horizonte del joven revolucionario. El uno, Hipólito Yrigoyen, designado por la Junta rebelde como Jefe de Policía de la Capital. "¿Quién es éste?, nos preguntamos. Nadie lo conocía, nadie lo había visto en ninguna reunión ni había pronunciado ningún discurso. Todos los demás revolucionarios eran hombres prestigiosos y populares"¹⁵.

El otro fue Marcelo T. de Alvear, a quien Gallardo había tratado poco antes en Mar del Plata, con motivo de una expedición a caballo al Faro.

Alvear lo llamó junto con José de Apellániz, Pedro Gorostiaga, Julio Cramer y los Senillosa, sacándolo del Parque. Se dirigieron en formación hasta el Teatro Opera, donde no tuvieron dificultades en ingresar "porque todos los porteros lo conocían a Alvear". Este los explicó que corrían rumores de un levantamiento de los soldados, que acusaban a los civiles de haberlos traicionado, y que los hizo salir del Parque "pues sería estúpido que nos asesinaran en un oscuro motín de cuartel"¹⁶.

Gallardo festejó la renuncia de Juárez Celman "hasta caer enfermo", pero los acontecimientos posteriores no habrían de contarle en la militancia política.

15. M., 61.

16. M., 65.

IV VIDA ADULTA

“Con la presidencia de la Unión Universitaria puede decirse que terminó mi actuación juvenil”.

“Después vino mi noviazgo, la muerte de papá, el casamiento, el nacimiento de Angel León, es decir, la vida adulta con sus grandes emociones, sus responsabilidades y sus grandes dolores”¹⁷.

El año 1892 marca primero la prematura muerte del padre. Tenía 50 años, y un diccionario biográfico resumió su actuación en una sola palabra: “benefactor”¹⁸. Su hijo pudo escribir sin hipérbole: “Fue un verdadero santo, de acuerdo con la opinión pública imparcial y no influenciada como la nuestra por el cariño filial”¹⁹.

Estas cualidades se habían puesto de manifiesto cuando don León, como se lo conocía, y su esposa recibieron en la chacra la visita de una religiosa, a quien había atendido Angel. Encuentro providencial éste para la madre Camila de San José Rolón, cuyo asilo de San José se erigió en tierras donadas por don León, quien además legó veinticinco mil pesos en su testamento para esa obra. Al tiempo de concluir este trabajo, Roma ha declarado la heroicidad de virtudes de la madre Rolón, colocándola cerca de la beatificación. Su benefactor descansa desde 1992 en el Asilo de San José, situado frente a la avenida que llevaba su nombre hasta que en un gesto de mezquindad municipal se lo reemplazó por el de un presidente de nuestro tiempo²⁰.

En la intimidad exigida por el luto reciente, el 12 de septiembre de 1892 Angel Gallardo contraía matrimonio con Doña Dalmira Cantilo Ortiz Basualdo²¹, quien también había perdido a su padre poco tiempo atrás.

17. M., 69.

18. Cutolo, Vicente. Nuevo Diccionario Biográfico Argentino. Buenos Aires 1971, Tº III, p. 194.

19. M., 74.

20. Lorit, Sergio C. Camilla Rolón, l'argentina approda a Roma. Edizioni Agiografiche, Roma, 1964.

21. Dalmira Cantilo Ortiz Basualdo nació en Buenos Aires el 26 de julio de 1874, hija de José María Cantilo y Muñoz y de María Magdalena Ortiz Basualdo y Quesada, quien era nieta del coronel guerrero de la Independencia Sixto Quesada, degollado en su casa por la Mazorca el 3 de octubre de 1840. El primer Cantilo llegado a Buenos Aires fue Miguel, un malagueño, zapatero de oficio, que el 26 de julio de 1732 casó con Bernarda Antonia de Lara. Su nieto, José María Cantilo Acevedo, diplomado en química, fue diputado nacional y provincial y secretario de don Dalmacio Vélez Sársfield. Casó con Luisa Muñoz, oriental que, por su familia materna, los Herrera, a la que perteneció el hombre público uruguayo Luis Alberto de Herrera, entroncaba con los Basavilbaso porteños. cf Herrera Vegas, Diego J. “Los Cantilo de Buenos Aires”, en “Genealogía”, n. 26, 1994, y los datos de Diego de Herrera, que participó en el Cabildo Abierto de 1810, hermano de Luis de Herrera e Izaguirre cesado con Gervasia Josefa de Basavilbaso y Ross, en “Genealogía”, Hombres de Mayo, 1961. Sobre los Quesada ver: Quesada, Juan Isidro, “La familia Quesada”, “Genealogía”, n. 23, 1989.

La "muchacha preciosa, rubia y rosada, vestida con un traje de color heliotropo" entrevista en la Facultad de la calle Moreno el día en que Alvear recibió su diploma de abogado, se convertía en la compañera del sabio, el hombre público y el diplomático. "Peracha", tal era su sobrenombre, merece una y otra vez en las memorias, el homenaje que el esposo tributa a su tino y distinción en las a menudo delicadas exigencias de la vida social.

Cinco hijos, que prolongan hoy en vasta descendencia esa unión matrimonial, habrían de recibir lo que uno de ellos describió como "el cariño profundo, exento de excesivas manifestaciones exteriores" pero espontáneo y abierto a las inquietudes de Angel León, Beatriz, Guillermo, María Teresa y Luis Francisco²².

Los años siguientes nos muestran a Gallardo como profesor de botánica, recibiendo su título de ingeniero civil y ejerciendo fugazmente la profesión. En 1895, con su esposa y el hijo Angel León parte a Europa, a donde los habían precedido Doña Angela Lebrero de Gallardo y el flamante abogado José León.

Los cuadros de los grandes maestros en el Louvre, la arquitectura gótica de Notre Dame, las ruinas de los viejos castillos que bordean el Rin, impresionan al viajero. Como le disgustan la falta de sol y la agresividad de los habitantes en Londres y el lujo "rastacueros" de Berlín.

En París, Gallardo asiste a los cursos de la Facultad de Ciencias Naturales y consulta sus teorías sobre la división celular con Guignard y Delage.

Entre 1896 y 1899 Gallardo está nuevamente en Buenos Aires. Preside la Sociedad Científica Argentina y, demostrando ya su preocupación por afirmar los vínculos entre los países latinoamericanos, convoca al Primer Congreso Científico con representantes del continente.

El principio de siglo lo encuentra nuevamente en París, donde frecuenta a Carlos Calvo y Angel Estrada y conoce al célebre poeta José María de Heredia. Recorre la Exposición Universal, en la que Eiffel en persona hace los honores de la ascensión a la "Tour".

22. Los hijos de Angel Gallardo y Dalmira Cantilo fueron: Angel León, que casó con María Luisa Demarchi Leloir; Beatriz, que vive, viuda del Dr. Manuel V. Ordoñez, miembro de la Academia Nacional de Derecho y presidente del Directorio de "La Prensa"; Guillermo, miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, casado con Sara Drago Mitre; María Teresa que casó con Ricardo Francisco Bunge y Luis Francisco que casó con Celina Pirovano, primero y con Ana O'Neill después. La descendencia del matrimonio Gallardo-Cantilo se prolonga en sus nietos y bisnietos, entre los que citamos al naturalista José María Gallardo Demarchi, director del Museo Argentino de Ciencias Naturales hasta su fallecimiento en 1994, los escritores Sara Gallardo Drago, ya fallecida, y Juan Luis Gallardo Pirovano, el cantante Gui Gallardo Drago y el sacerdote Juan M. Gallardo Ibareguren. Ver: Herrera Vegas, Diego J. op. cit. para la descendencia actualizada.

En los años siguientes alterna el viejo y el nuevo mundo, profundizando las investigaciones y escuchando a los grandes científicos, como Henri Becquerel y los esposos Pierre y Marie Curie.

En la Argentina, Gallardo recibe el reconocimiento de su valor como científico. Académico de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1904), miembro honorario de la del Museo de La Plata (1907), de la sección de Ciencias Biológicas en la de Medicina y en la de Filosofía y Letras, (1909).

Por ese entonces ve la luz su tratado de zoología y el manual para la enseñanza media, a los que seguirá una vasta producción bibliográfica.

En la capital francesa es invitado a exponer su teoría sobre la división celular en el Anfiteatro de la Sorbona, donde lo presenta el decano Appell.

Los viajes y el silencio del laboratorio se verán momentáneamente interrumpidos cuando Gallardo se incorpora como jefe de la división Agricultura del ministerio cuya titularidad desempeña el Dr. Damián Torino bajo la presidencia de Quintana. Allí encontró la experimentada guía del Ingeniero Ricardo Huergo y se dedicó con ahínco a la enseñanza agrícola.

El año del Centenario, Gallardo tuvo la satisfacción de ser elector presidencial y así dar su voto por Roque Sáenz Peña, en cuya promesa de purificación del sufragio creyó, a pesar del escepticismo de algunos de sus amigos radicales. También ese año integró la delegación que visitó Chile para devolver la visita que había realizado Montt para los festejos del 25 de mayo.

El 9 de agosto de 1914 falleció Sáenz Peña y Gallardo, que había visto confirmadas las esperanzas que depositó en él, fue de los pocos fieles que velaron sus restos.

Dos años más tarde el "Quiera el pueblo votar" del presidente fallecido permitía la realización de comicios limpios y a través de ellos el triunfo de Hipólito Yrigoyen.

Gallardo nunca abjuró de su fe en el sufragio libre y, en sus últimos años, vaticinaba que nada estable podría construirse desconociéndolo.

Aunque cercano por lazos de familia al radicalismo, no simpatizó con su máximo caudillo. Sin embargo, Yrigoyen una y otra vez distinguió a Gallardo confiándole responsabilidades importantes.

V EN EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

El espectáculo de la multitud arrastrando el carruaje del nuevo presidente y el ingreso del ministro Salinas al edificio del Cabildo, entonces sede del Ministerio de Instrucción Pública, rodeado de gente de comité, afirmaron a Gallardo en su idea de renunciar al cargo de Director del Museo de Ciencias Naturales.

La convocatoria de Yrigoyen, en cambio, no dejó otra alternativa a Gallardo que aceptar la presidencia del Consejo Nacional de Educación. Comenzaba, pudo decir, la segunda etapa de su vida, marcada por los trabajos administrativos y las actividades diplomáticas y políticas.

La entrevista de Gallardo con el presidente Yrigoyen es enaltecedora para ambos por la honestidad y vocación de servicio del uno y la preocupación por la educación y la habilidad política del otro.

Cuando Yrigoyen le expresó su deseo de que estuviera al frente del Consejo, Gallardo le recordó que él no era radical, ya que se había alejado del partido por no estar de acuerdo con la revolución de 1905. Yrigoyen le dijo entonces:

"Nunca me he preocupado de averiguar si Usted está o no inscripto en algún comité, pero conozco su manera de pensar y sé que Usted es un verdadero radical. Además el hecho de que no sea un político militante, es una ventaja más, porque la instrucción independiente es una garantía de imparcialidad".

Gallardo objetó aún su inexperiencia en el campo de la enseñanza primaria, pero lo interrumpió Yrigoyen:

"Cómo me va a decir Usted que hombres como nosotros, que siempre hemos vivido preocupados por la educación de la juventud podemos ignorar lo referente a algún grado de la enseñanza. Esas son divisiones artificiales, pues la educación es una sola y Usted y yo somos educacionistas".

Aún ensayó Gallardo una línea de defensa, pero su interlocutor fue contundente:

"Muy bien, Usted no quiere aceptar por egoísmo el puesto que yo le ofrezco. Usted rehúsa emprender la obra de moralización que le doy la oportunidad de realizar, pues ha de saber que el Consejo tiene muy mala reputación y se cometen muchos abusos y yo he querido llevar un hombre como Usted, de moralidad probada, en quien no pueda hacer mella la calumnia, y Usted rehúsa por razones fútiles. Yo deseaba que los millares de niños que acuden al Consejo pudieran entrar con dignidad

y salir con la frente levantada, para lo cual se necesita un hombre insospechable, como usted. Muy bien, el remordimiento lo acompañará en sus trabajos, cuando usted oiga hablar de algún escándalo en el Consejo y piense que hubiera podido evitarlo desde el puesto que yo le he ofrecido, y que usted no quiere aceptar”²³.

Entre el 18 de diciembre de 1916 y el 28 de septiembre de 1921, Angel Gallardo presidió el Consejo Nacional de Educación, cuyo radio de acción se extendía a la Capital, los territorios nacionales y las escuelas “Lainez”, Integraron el Consejo Abel Ayerza, vicepresidente, Marcelino Herrera Vegas, Juan P. Ramos y Jorge Boero. Con Ramos estableció una entrañable amistad y una colaboración fecunda. En cambio, con Boero, el único profesor normalista, y que habría de sucederlo, entró pronto en conflicto.

Gallardo dedicó sus mejores esfuerzos a combatir el analfabetismo. Para él, en la escuela primaria estaban los cimientos mismos de la cultura nacional.

La fatigosa tarea del despacho diario, la lucha por imponer las buenas razones frente a las pequeñas aspiraciones de la política comiteril, en lo que, dicho sea de paso, contó con el apoyo del presidente, los enfrentamientos con Boero, que, a su juicio, encarnaba esos intereses en el Consejo, tenían su contrapartida en la visita a las escuelas, a las que llegaba sin previo aviso.

Recorriendo las escuelas de la Capital y del interior, hasta remotos parajes, veía formarse el porvenir del país.

Por aquellos años la educación primaria ocupaba un lugar preferente en los presupuestos y las prioridades argentinas. Bien puedo decir Manuel A. Montes de Oca en la Conferencia Panamericana de Santiago, que había dos maestros por cada soldado. Es así como en las grandes celebraciones eran comunes los desfiles de escolares que, por iniciativa de Gallardo, vestían el guardapolvo blanco que igualaba a todos.

La revolución bolchevique, los ecos de la Semana Trágica, la prédica de anarquistas y socialistas, llevaron a Gallardo a introducir un “voto profesional” que debían pronunciar los docentes:

“Prometéis conservar para la niñez argentina la dignidad y la entereza de carácter; guardar y venerar el tesoro de la historia patria; su tradición gloriosa, sus símbolos benditos, su espíritu democrático y humanitario; cuidar que nadie sea osado profanar, ni aún con el pensamiento, los fueros de la nacionalidad? ¿Prometéis amar a vuestros educandos, guiarlos por la senda de la virtud, enseñarles la verdad y la justicia, orientarlos en la vida del trabajo, de la libertad y del orden, servir al país y a sus instituciones prescindiendo de todo interés personal, con honor, con lealtad, con abnegación, con valor y constituiros en ejemplo de vuestros discípulos? Si así lo hicierais, que la

23. M., 175.

sombra de nuestros mayores y esta bandera, os protejan y si no que estos niños os lo demanden..."²⁴.

Su carácter compulsivo, al ámbito público en que debía formularse, la intención evidente de descubrir a los maestros de ideas izquierdistas, despertaron polémicas.

Joaquín V. González, en su charla sobre "El silencio de San Martín" destacó "la valiente reacción del Consejo"²⁵ y la Liga Patriótica mandó imprimir la fórmula del juramento.

Pero las críticas también arreciaron. La revista "El Hogar" editorializaba bajo el título "Los maestros y el chauvinismo" y reproducía la declaración de la Liga de Maestros que tachaba de "humillante" el voto profesional. Aprovechaba para reclamar un cambio en la composición del Consejo, para que lo formasen maestros²⁶.

Con todo, y aunque se intentaba descalificarlo por no ser docente primario, tenía razón Yrigoyen. Gallardo era "educacionista del alma". Prueba de ello es la duplicación del número de escuelas durante su gestión.

La presidencia de Yrigoyen entraba en su último tercio cuando Gallardo le expresó sus deseos de no continuar en el Consejo al término del quinquenio. Una vez más, el primer magistrado le demostró su aprecio, ofreciéndole una representación diplomática.

Aunque Yrigoyen había pensado en Brasil, Gallardo prefirió Italia, puesto que allí estaban su madre, que había casado en segundas nupcias con el español Don Manuel Inclán, miembro del servicio exterior de su país, y su hermano, sacerdote que ejercía su ministerio en la Ciudad Eterna.

La figura de Monseñor Gallardo merece que nos detengamos aquí en él. Abogado destinado a un brillante porvenir, estudió música en París con maestros de la talla de Vincent d'Indy, pero sintiéndose llamado al sacerdocio ingresó en 1905 en la Universidad Gregoriana de Nobles Romanos, recibiendo el Orden Sagrado. Fijó su residencia en Roma, y concibió el proyecto de levantar una iglesia en un barrio entonces apartado de la Urbe. La Iglesia Argentina, bajo la advocación de la Virgen de los Dolores en la Piazza Buenos Aires, fue costeadada de su peculio, como lo fue la casa romana de las Hermanas Pobres Bonaerenses, que encontraban en el hijo el apoyo generoso del padre.

Un viajero argentino, el escritor Martín Aldao, recuerda a Monseñor Gallardo con su anciana madre llegando al Pincio, a donde iban en un automóvil de esterilla único en

24. Citado por Gallo, Vicente C. Rector de la Universidad de Buenos Aires, en un acto de homenaje a la memoria del Dr. Angel Gallardo, 20 de noviembre de 1934. Palabras del Rector, pág. 109, Imprenta de la Universidad, 1935.

25. Joaquín V. González: Obras Completas: "El Silencio de San Martín", apuntes para la charla en el Museo Escolar Sarmiento el 13 de noviembre de 1920. Vol. XXII, Bs. As. 1936.

26. "El Hogar", 3 de diciembre de 1920.

Roma. "Deteníanse en la terraza que domina a la Eterna a tomar el buen aire"²⁷. Pero el sacerdote se retraía cada vez más, dedicándose por entero a los ancianos del barrio de la iglesia que no alcanzó a ver terminada, y que en la actualidad está confiada a la Conferencia Episcopal Argentina y es sede titular del cardenal Raúl Francisco Primatesta, arzobispo de Córdoba.

27. Aldao, Martín. Reflejos de Italia, Roma, Tipografía Cuggiani, 1927, pág. 213.

VI MINISTRO ANTE EL REY DE ITALIA

El país al que llegaba Gallardo vivía aún bajo los efectos del trauma de una guerra impopular y de la "victoria mutilada". Unos meses antes, Gabriel D'Annunzio había rendido el Fiume al ejército real tras una ocupación que puso en jaque el débil gobierno parlamentario.

No hacía medio siglo que la Casa de Saboya reinaba sobre la integridad del territorio, por otra parte lleno de agudos contrastes. Aún quedaba sin resolver la "cuestión romana" que se traducía en la abstención primero y en la reticencia luego de los católicos hacia la política italiana.

Frente a una débil combinación de partidos liberales, a cuya cabeza estaban Giovanni Giolitti y Francesco Saverio Nitti, se encontraban los "popolari" de Don Sturzo, los socialistas y los "fasci italiani di combattimento" de Benito Mussolini.

En poco más de un año, Gallardo será testigo del arrollador ascenso de éste, junto con el derrumbe del sistema parlamentario y el paulatino aniquilamiento de las libertades hasta la consolidación del totalitarismo.

El 29 de noviembre de 1921 el ministro argentino presentó sus credenciales al rey. Para la ocasión llevó el uniforme diplomático, regalo de su madre, y el espadín que perteneció al internacionalista Carlos Calvo y que el mismo legara al ministro en París, Ernesto Bosch, quien a su vez lo entregó a Gallardo. Enrique Ruiz Guiñazú, recibiría el espadín una vez concluida la misión de su concuñado Gallardo.

La ceremonia revistió solemnidad y el rey acogió al enviado argentino con sencillez y cordialidad. Luego de las palabras protocolares, la conversación derivó a la zoología, demostrando el monarca su preocupación por la depredación de la fauna.

Víctor Manuel III era rey de Italia desde 1901, en que su padre, Humberto I, fue asesinado en Monza. Su pequeña estatura hacía de él un personaje poco imponente pero muy popular, como notará más de una vez Gallardo en sus memorias.

Gallardo visitó luego a sus colegas del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Quirinal y a los miembros del gobierno, presidido entonces por Ivanoe Bonomi, a quien reemplazó Luigi Facta. Del presidente de la Cámara de diputados, Enrico De Nicola, dice Gallardo que era joven y muy simpático, elocuente y popular. Había estado en Buenos Aires quince años antes para el casamiento de un hermano, que lo mantenía informado de los progresos del país. "Gozaba de un gran prestigio hasta el advenimiento del fascismo, que cortó su carrera". Pasarían los años y Enrico De Nicola llegaría a ser el presidente provisorio de la naciente República Italiana.

También presentó Gallardo sus saludos a las dos reinas. Primero a la madre del soberano, la reina Margarita, quien recordaba que la Municipalidad de Buenos Aires

había pavimentado de madera la Plaza del Panteón para que hubiera silencio alrededor de la tumba de Humberto I, cuyo nombre perpetúa una calle de la capital argentina. Luego a la reina Elena, nacida princesa de Montenegro, que recibió a Gallardo "con sencillez encantadora". Esta gentileza de la familia real se manifestaría, a todo lo largo de la misión de Gallardo, en numerosas muestras de simpatía hacia él y los suyos.

Entretanto todas las miradas se tornaban hacia el Vaticano donde, el 6 de febrero, el cardenal Achille Ratti era elegido Papa tras la muerte de Benedicto XV, el Pontífice de los años de la guerra mundial. Gallardo estuvo en la Plaza de San Pedro para el solemne anuncio y fue testigo del gesto cargado de significación con que se inauguró el reinado. Por primera vez desde 1871 el Papa salía a la "loggia" para impartir la bendición "urbi et orbi".

Las funciones oficiales no impidieron que el científico continuara sus trabajos. Más aún, habría de tener ocasión de extender la presencia argentina al mundo de la ciencia italiana. La vieja afición de Gallardo por las hormigas se vio satisfecha en el laboratorio del Profesor Grassi: "¡Qué recuerdos ver en Roma estas hormigas tan abundantes en la chacra y sobre todo las reinas con su pubescencia tan característica!". Allí comprueba que:

"Ese ambiente de laboratorio, del que estaba alejado desde hacía tanto tiempo, continuaba siendo el más grato para mí. Esa ha sido mi verdadera vocación y la que me ha procurado satisfacciones más completas y sin mezcla. No hay nada comparable al placer de perseguir un problema durante semanas, meses o aún años. Llegar por fin aunque más no sea, a vislumbrar una solución. Esa es la maravillosa virtud de la investigación científica, que tiene su premio y su estímulo en sí misma, sin depender para nada de la incompreensión o la ingratitud humana. Por fin es un placer inefable escribir y publicar los resultados en libros y folletos que nadie lee, salvo un pequeñísimo número de iniciados, repartidos en todo el mundo, que constituyen otros tantos amigos desconocidos, que colaboran en la obra con sus aprobaciones y con sus críticas"²⁸.

Las hormigas fueron objeto de una disertación, no exenta de ese humor tan característico, en la célebre Academia dei Lincei, cuya fundación se remonta a 1607. A la presentación del Prof. Volterra, Gallardo contestó en italiano, con un dominio del idioma que ya había impresionado al rey. Tras destacar el honor que significaba estar en una institución a la que pertenecieron los más grandes sabios, como Galileo, explicó el programa de su gestión diplomática:

"Educando en la escuela de la ciencia con el respeto a la Verdad, no hubiera nunca aceptado un puesto diplomático si hubiera sido necesario emplear los procedimientos de la antigua diplomacia, basados en la astucia y la intriga, para lo cual

28. M., 246.

no tengo condiciones. Pero tratándose de Italia, con la cual felizmente nos ligan relaciones de amistad absolutamente inalterable, no se necesita para mantenerlas mejor diplomacia que la de la verdad, del afecto y de la sinceridad. Por eso me veis aquí, investido de la representación de mi país"²⁹.

Las noticias de Buenos Aires despertaron el entusiasmo de Gallardo. Marcelo T. de Alvear había sido elegido presidente en comicios limpios para suceder a Yrigoyen.

El futuro mandatario había realizado la campaña electoral sin moverse de París, desde donde habría de trasladarse para asumir la presidencia el 12 de octubre de 1922.

Intuyó Gallardo que la ocasión era propicia para que Alvear realizase una visita oficial a Italia, algo sin precedentes en los anales diplomáticos argentinos. En efecto, hasta entonces ningún jefe de estado argentino había sido oficialmente recibido en el Viejo Mundo.

Tras sondear al ministro de Asuntos Exteriores, Schanzer, confió a Mons. Miguel de Andrea que alertase a Alvear en París. El propio Gallardo visitó al futuro mandatario en París, aprovechando para conversar también acerca del clima desfavorable que transmitía Diego Luis Molinari desde Buenos Aires:

"Todos dicen que (Alvear) será un presidente conservador, los políticos contrarios al radicalismo no hacen sino entonar sus loas, la masa radical está fría y la juventud de empuje acorralada. De manera que al primer soplo puede venir el torbellino y arrastrarlo todo con la confusión más espantosa. Dios quiera que esto no suceda"³⁰.

Gallardo encontró a Alvear sereno y resuelto, aunque cuando se llegó a la posible visita oficial, indicó al primero que no pusiera empeño en concretarla, quizás para no disgustar a Yrigoyen.

Tras despedirse de Alvear, el ministro viajó a Padua, donde participó de las celebraciones del VII Centenario de la Universidad. Los actos fueron presididos por Víctor Manuel III y asistieron delegaciones de todos los medios universitarios del mundo.

En aquella oportunidad, quiso Gallardo que el representante español fuese quien leyera el discurso en nombre de los hispanoamericanos. Pero su gestión fue infructuosa y al fin un francés ostentó la representación de los países de origen latino. El académico Madrid Moreno había preparado una alocución que terminó teniendo a Gallardo como único oyente de sobremesa.

29. M., 246.

30. M., 260.

“Tenía su filosofía aquella melancólica lectura del discurso que hubo de representar a la lengua castellana, hablada por más de 100 millones de hombres, que no tienen los cañones ni los acorazados que realzan el prestigio de los otros idiomas”³¹.

De vuelta en Roma, Gallardo volvió a entrevistar a Schanzer para comunicarle oficialmente la proclamación de Alvear y de Elpidio González como presidente y vicepresidente electos. La visita oficial estuvo nuevamente sobre el tapete, y poco después la invitación transmitida a Alvear.

La respuesta desde París fue como un balde de agua fría. Alvear invocaba compromisos previos que le impedían aceptar la invitación.

Es posible que Gallardo haya forzado un tanto la mano al sugerir al ministro una visita a pesar de que Alvear no lo había alentado a hacerlo. Evidentemente, la negativa del presidente electo tenía pésimo efecto sobre el rey y el gobierno. Consciente de ello, Gallardo escribió largamente a Alvear explicándole las ventajas aún políticas de realizar el viaje a Roma y continuarlo luego a España, de donde también provenía una invitación. El encuentro con los reyes de ambos países y con el Sumo Pontífice sería visto con simpatía por la ciudadanía argentina, en buena parte descendiente de italianos y españoles y predominantemente católicos.

Alvear comprendió y propuso una breve estadía de 48 horas. Un problema protocolar se superaba al no viajar la Señora Regina Pacini de Alvear, ya que, por la temporada veraniega, la reina Elena no estaría en Roma.

De inmediato Gallardo comenzó las gestiones ante la Consulta italiana para ultimar los detalles de la visita, fijada para los días 11, 12 y 13 de julio. Su colega ante el Vaticano, Daniel García Mansilla, se encargaría de la recepción por el Papa.

Las discrepancias entre los dos representantes argentinos en Roma, manifestadas anteriormente en pequeños detalles, habrían de ponerse de relieve en ocasión del viaje presidencial. Diferencias de criterio, por otra parte, que preanunciaron las quejas de Gallardo hacia García Mansilla cuando el conflicto sobre el arzobispado de Buenos Aires.

Existía al precedente de la visita del presidente electo del Brasil, Epitacio Pessoa. Mientras las autoridades italianas y Gallardo estuvieron de acuerdo en seguirlo, García Mansilla insistía en que se atendieran los deseos del Vaticano de que el protocolo seguido fuese el de la reciente visita de los reyes belgas. Estos a su llegada a Roma habían ido directamente a la legación de su país y de allí a la recepción papal, por lo que el primer acto oficial se reservaba al Papa. En cambio el gobierno italiano insistía en que el huésped almorzase a su llegada con el rey en el Quirinal, dándole así al soberano la preeminencia.

31. M., 270.

La buena voluntad del gobierno italiano y la decisión de Gallardo permitieron superar la impasse. Alvear llegaría a las 8 de la mañana y tras visitar el palacio real se dirigiría a la legación argentina para salir de ésta rumbo al Vaticano. De tal modo se consideraba que el visitante salía a saludar al Papa desde territorio argentino y no italiano.

Así fue, en efecto. El tren real condujo a Alvear de París a Roma. Al llegar a Stazione Termini lo recibió el rey y el alcalde le dio la bienvenida.

Luego el cortejo recorrió triunfalmente la via Nazionale y la XXIV di Maggio.

"Ese desfile por la Plaza y la Avenida Nacional me causó una impresión grandísima, como para no olvidarla mientras viva. Me parecía verdaderamente un sueño ver aquellos cordones de tropa, de infantería, caballería, artillería, marina, carabineros, presentado armas, con las bandas militares tocando el Himno Argentino, en las calles empavesadas con banderas celestes y blancas, mientras el público, más numeroso de lo que podía esperarse a esa hora matutina, aplaudía y vivaba a nuestro Presidente y a la Argentina"³².

Fueron días intensos y llenos de emoción. El ilustre huésped fue alojado en las antiguas habitaciones del rey Humberto I y recibió la Orden de San Mauricio y San Lázaro, en tanto que Gallardo era condecorado con la Gran Cruz de la Corona Italiana.

Los actos se sucedían: ofrendas florales en el Panteón y al Soldado Desconocido, visitas al Capitolio, a Villa Borghese y al Coliseo, recepción en la Cámara de Diputados.

Para los Gallardo el momento más delicado era sin duda el almuerzo con que Alvear debía agasajar al rey. La residencia de Piazza dell'Esquilino había estado en refacciones y sólo por milagro llegó a estar en condiciones de servir de escenario al gran evento. Pero tanto la casa como los anfitriones recibieron los elogios del monarca y de las altas personalidades que lo acompañaron.

Antes de dejar al Quirinal para poner término a la visita, Alvear, junto con las felicitaciones por la perfecta organización de los actos, preguntó a Gallardo si estaría dispuesto a aceptar una cartera ministerial, quizás la de Obras Públicas.

Con estas perspectivas, Gallardo despidió al presidente electo. La visita había sido un éxito y Alvear dejaba en el rey y en el pueblo una excelente impresión.

No está de más concluir esta crónica con la mención de los regalos provenientes de propio peculio que, a falta de condecoraciones, no creadas aún en nuestro país, dejó el presidente a las personalidades italianas: 15 cigarreras de Cartier con el escudo argentino y 10 relojes de pulsera para los no fumadores, amén de donaciones en dinero para los pobres de la ciudad, el tesoro de San Pedro y el personal de palacio.

32. M., 285.

Mientras Alvear era recibido por los reyes de España y Gran Bretaña antes de embarcarse hacia Buenos Aires, los acontecimientos en la península se precipitaban.

Fin de octubre de 1922: el rey se niega a firmar el decreto de estado de sitio que le presenta el primer ministro dimitente, Luigi Facta, y telegrafía a Mussolini invitándolo a formar gobierno.

Gallardo presenció desde el balcón de la Consulta el desfile de la victoria fascista, que duró seis horas. "Era impresionante ver la expresión de esos millares de jóvenes, decididos a todo, hasta morir, que es la mayor fuerza que se puede alcanzar"³³. Esa misma noche envió a la Cancillería un informe reservado "en el que emitía juicios y hacía previsiones que han resultado en su mayor parte confirmadas"³⁴.

Aunque no hemos podido localizar ese informe, que Alfredo L. Palacios dio a conocer fragmentariamente según Gallardo, pocas dudas caben de que vio con simpatía el nacimiento del fascismo.

Quizás sin alcanzar a comprender en toda su dimensión esta forma de totalitarismo, fue sensible, como muchos de sus contemporáneos, a la promesa de orden y de contención de las ideologías de izquierda.

Como representante argentino, le tocó saludar a Mussolini, que había retenido para sí la cartera de Asuntos Exteriores.

Gallardo lo recuerda como una personalidad recia, cuyo carisma habría de causar impacto en muchos otros visitantes. Sus ojos eran fulgurantes, y con el gesto asentía, enfático, a las expresiones del diplomático argentino, quien le auguró que su conquista del poder sería benéfica para Italia. El Duce llevaba en la solapa de su saco una elocuente "Me ne frega", con que sus partidarios demostraban su desprecio por todo el mundo.

En la conversación, Gallardo comparó el rápido ascenso del fascismo con los años que para alcanzar el poder tardó el radicalismo argentino. No fue feliz tampoco su referencia al voto anual de fidelidad exigido a los docentes, que, como muestra de su lucha contra el comunismo, envió al gobernante italiano. Gallardo asienta su creencia en que un juramento similar se implantó en Italia, lo que había costado la cátedra de catorce universitarios que se habían negado a prestarlo.

Gallardo siguió desde la tribuna diplomática la presentación del nuevo gabinete en la Cámara de Diputados, escuchando el célebre discurso en que Mussolini habló de la Cámara gris que duraría según su voluntad y en la que podría haber hecho acampar sus huestes.

33. M., 317.

34. El informe no se encuentra actualmente en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

La instalación del nuevo régimen coincidió con el fin de la gestión de Gallardo, ya que pocos días antes de la transmisión del mando en la Argentina, recibió de Alvear el siguiente telegrama:

“Ofrezco a V E. la cartera de Relaciones Exteriores. Su colaboración será una garantía de buen éxito, a que aspiro para el bien del país. Espero su respuesta afirmativa, pues creo que no negará a la patria sus eficaces servicios y al amigo la satisfacción de tenerlo a su lado. Alvear”³⁵.

Sin vacilar, Gallardo se dispuso a afrontar esta nueva e inesperada etapa.

Llegó la hora de las despedidas. El rey se mostró “amabilísimo”. De Mussolini se despidió “con la mayor cordialidad”, tras dejar las bases de dos proyectos: la elevación de las representaciones diplomáticas al rango de embajadas y la visita al país del príncipe Humberto de Saboya.

Otra iniciativa quedaría encaminada, mientras el nuevo ministro dejaba Italia: el monumento a Manuel Belgrano en Génova. Quiso que, así como en Boulogne sur Mer el de San Martín rememora una muerte, aquél inmortalizase una cuna, la prosapia ligure del creador de la Bandera.

Aún tendría Gallardo ocasión de referirse a las relaciones ítalo-argentinas y, en particular, a la situación política del reino.

Durante la escala que hizo en Montevideo el buque “Giulio Cesare”, Gallardo fue entrevistado por un periodista de “El Día”. Sus declaraciones según “La Prensa”, fueron éstas:

“El Dr. Gallardo manifestó que a su juicio nadie veía claro en ello, no obstante haber surgido hombres que han logrado hacer la luz (mención de la situación europea en general). Refiriéndose luego al gobierno de Mussolini dijo que era éste una personalidad muy interesante, del que tuvo la oportunidad de escuchar sus dos principales discursos en la Cámara de Italia, sus declaraciones primero y luego sus refutación a las observaciones que se le formularon. Es un hombre conciso y enérgico y encuentra en su oratoria frases lapidarias; es verdaderamente impresionante oírlo. Luego agregó que en una entrevista que tuvo con el Primer Ministro aquél le manifestó una gran simpatía por la República Argentina y se interesó sobre todo por la agricultura y la producción de este país. Finalmente el Dr. Gallardo expuso al representante de “El Día” que en Italia se advierte una gran fe en sí misma, que es algo así como si la nación hubiese estado postrada y hoy se pusiese en pie”³⁶.

35. M., 311.

36. “La Prensa”, 24 de diciembre de 1922.

Conceptos similares había vertido ante un corresponsal de “La Nación” antes de embarcar en Génova, en que asoció la invitación al heredero del trono con las “simpatías y esperanzas” despertadas “en estos momentos en que el advenimiento al poder del Sr. Mussolini y la regeneración del país” suscitaban alrededor de Italia.

En la misma oportunidad propició una intensificación del intercambio comercial, a la vez que señaló una menor influencia de la cultura italiana y de las expresiones de su arte respecto a la que ejercían entre nosotros España y Francia³⁷.

Las opiniones del ministro sobre los acontecimientos italianos tuvieron, como veremos, repercusión en el ámbito parlamentario.

37. “La Nación”, 3 de diciembre de 1922.



Siendo canciller argentino, en compañía del Embajador ante la Santa Sede Dr. Daniel García Mansilla y Sra. Dalmina Cantilo de Gallardo, María Teresa y Luis Gallardo, Luisa Cantilo, Luis J. Jacobé y otras personas, tras la visita a S.S. Pío XI

VII MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO

El 12 de octubre de 1922 Marcelo Torcuato de Alvear prestó juramento ante la Asamblea Legislativa.

En su discurso prometió prestar "vigilante atención a las relaciones internacionales". Evocando su reciente gira expresó:

"La República ocupa en el concepto de las Naciones una situación privilegiada que he comprobado en actos públicos que todo el país conoce. En ellos mi presencia significó solamente la ocasión que los gobiernos y los pueblos aprovecharon para demostrar las simpatías que sienten por nuestra patria y las manifestaciones tuvieron tan visible y espontánea cordialidad que permiten afirmar será fácil estrechar cada día más nuestra armonía con todos los países del mundo, respondiendo de este modo a nuestras tradiciones y al espíritu de nuestro pueblo y de nuestras leyes"³⁸.

Un gabinete calificado rodeó al nuevo magistrado: José Nicolás Matienzo en Interior; Rafael Herrera Vegas en Hacienda; Celestino J. Marcó en Justicia e Instrucción Pública; Tomás Le Breton en Agricultura, Industria y Comercio; Eufrazio Loza en Obras Públicas; el coronel Agustín P. Justo en Guerra y el almirante Manuel Domecq García en Marina. El canciller se incorporaría, prestando el juramento de práctica, a su regreso de Europa.

La nueva presidencia constituía para Ibarguren, una "garantía de ponderación en el gobierno"³⁹. Pinedo, por su parte, hace el elogio del presidente y sus ministros, especialmente en la consideración que mostraron hacia el Congreso en contraste con el período anterior, aunque, añade, no pudieron imprimir a su gestión un carácter muy dinámico y emprendedor, precisamente por la obstrucción de los partidarios del anterior presidente⁴⁰.

Guillermo Gallardo, en su estudio sobre la presidencia de Alvear, también señala las dificultades que debió enfrentar el gobierno, y tras ello expresa:

"Quizás nunca como en esa época se vivió con tanta plenitud en nuestro país el régimen establecido por la Constitución Nacional y las leyes fundamentales. Ya Roque Sáenz Peña había hecho gala de su respeto por la opinión y por la ley escrita, pero era, todavía, un hombre "del régimen", había surgido de comicios tan discuti-

38. Senado de la Nación. Diario de Sesiones. Asamblea Legislativa del 12 de octubre de 1922.

39. Ibarguren, Carlos. "La Historia que he vivido", pág. 350. Ediciones Peuser, 1955.

40. Pinedo, Federico. "En tiempos de la República", Tº I, pág. 63. Mundo Forense, Bs. As. 1946.

bles como los de sus antecesores, con una gran masa retraída voluntariamente, y su decisión de otorgar el sufragio universal y obligatorio bajo el amparo del secreto era una quijoteada de gran señor que sabía que con ella ponía fin al predominio de su clase. Alvear fue, en cambio, un gobernante surgido de comicios que tradujeron, sin la menor duda, la voluntad nacional. Había hecho su carrera política en las filas del partido popular que más duramente bregó por la libertad del sufragio. Se enorgullecía de esta filiación política y se propuso realizar desde el gobierno lo que de los sucesivos gobiernos había reclamado. Perteneciente a la clase más alta y distinguida del país, descendiente de próceres de la independencia y, más allá aún, de una familia española de rancia prosapia, había abrazado desde su primera juventud la causa del pueblo en la batalla por las libertades cívicas. Por eso, al llegar a la primera magistratura, supo evitar con elegancia el caer en el sistema de arbitrariedades y violencia de los gobiernos por él combatidos y al que quisieron arrastrarlo sus partidarios de la fracción gubernista, así como el sometimiento servil a la voluntad ajena que hubiera significado su sujeción al capricho de Yrigoyen".

"De su debilidad resultó su fuerza, pues buscó siempre el encuadramiento dentro del marco riguroso de la legalidad. Y de esa paradoja vino a resultar otra: la de que ese no querer singularizarse sino cumplir la ley, haya venido a constituir su mayor singularidad. Tal vez no haya habido otro gobernante que se manifestara, en los hechos, más respetuoso de la ley"⁴¹.

A este gobierno ejemplar se incorporó Gallardo, y lo hizo desempeñando el Ministerio de Relaciones Exteriores con absoluta lealtad, con dignidad y con profundo amor a su Patria.

Los propósitos que lo llevaron a postergar, una vez más, el momento de silencio en el laboratorio, están en la respuesta al canciller uruguayo, cuando, en el agasajo que se le ofreció en Montevideo, aludió a la personalidad científica del colega argentino.

Gallardo encontraba que habría una medida de egoísmo en sustraerse a la tarea urgente que la situación mundial exigía:

"Dedicaré, pues, de hoy en adelante mis actividades a hacer lo que sea posible para contribuir a restablecer el reinado de la concordia entre los diversos países, comenzando, como es natural, con aquellos con quienes ya cultivamos cordiales relaciones, para que poco a poco pueda irse extendiendo el espíritu de armonía que propició la realización de obras fecundas para la paz, desgraciadamente perturbada. Estos son, en general, los propósitos que me animan al afrontar las tareas que

41. En Historia Argentina, Tº IV, pág. 3407. Plaza y Janés S.A. Bs. As. 1968.

me ha confiado el Dr. Alvear y espero dedicar a ellas toda mi actividad, sin ahorrar trabajo alguno para la consecución de estos propósitos"⁴².

1. La V Conferencia Panamericana y el debate sobre armamentos

El ministerio de Gallardo comenzó con buen augurio, pudo decir Isidoro Ruiz Moreno, porque estuvo ajeno al conflicto suscitado con Brasil en tomo a la invitación formulada por éste a la Argentina y Chile para convenir una actuación concordante en el seno de la V Conferencia Panamericana respecto a la reducción de armamentos.

En ausencia de Gallardo, el canciller interino, Tomás Le Breton, había rechazado la propuesta brasileña, y el episodio tomó una proyección mayor a través de un artículo periodístico en "La Nación".

En este estado de cosas, el "Guilio Cesare", que traía al flamante canciller, tocó el puerto de Rio de Janeiro.

Gallardo apenas pudo conversar unas palabras con el corresponsal del diario de los Mitre en la Capital carioca, quien, con la brevedad del caso, le reseñó los últimos acontecimientos. El corresponsal Jorge Piacentini pudo decir que hubo sólo tiempo para el reportaje del diplomático al periodista⁴³.

Con estos únicos elementos de juicio, Gallardo tuvo la habilidad de responder al canciller brasileño, Felix Pacheco, en el curso del almuerzo oficial en el que, sugestivamente, no se habían previsto discursos. La improvisación de Gallardo causó gratísima impresión al exaltar la unidad continental. Comparó la abundancia y la felicidad de América frente a una Europa empobrecida por la guerra y exhortó a una obra común de solidaridad, puesto que los éxitos y los fracasos de unos eran los éxitos y fracasos de los otros pueblos hermanos del continente. Sin saberlo, Gallardo retomaba el sentido de la nota de Le Breton, refirmaba la posición argentina de no formalizar alianzas parciales y, simultáneamente, echaba bálsamo sobre quienes, de uno y otro lado, avivaban las susceptibilidades de los dos países.

La conferencia de Santiago de Chile tenía entre sus temas el de la reducción de armamentos, el llamado "tema XII", que había servido para un intento de reflotar el tratado del "A.B.C." firmado en 1915 y desautorizado por Yrigoyen⁴⁴.

Por el contrario, la Argentina se resistía a combinaciones parciales, urdidas al margen de las demás naciones del continente.

42. "La Prensa", 24 de diciembre de 1922.

43. "La Nación", 17 de diciembre de 1922.

44. Roberto Etchepareborda: Presidencia Yrigoyen. En Historia Argentina, Tº IV, pág. 3339. Plaza y Janés S.A. Bs. As. 1968.

Ello provocó que algunos interpretaran que en el fondo la posición de nuestro país era contraria a la reducción de armamentos, y así habría de decirse en la Cámara de Diputados.

Se debatía la ley de modernización de la escuadra, lo que aprovechó Lisandro de la Torre para llevar un ataque frontal contra la política del gobierno, al que acusó de armamentista, en contraste con Brasil, que habría ofrecido tratar la reducción de armamentos "de cancillería a cancillería". En su discurso siguió un trabajo publicado por Carlos Ibarguren, quien años más tarde habría de rectificar su posición.

Pasó De la Torre a analizar la actuación de la delegación argentina en Santiago, que presidió Manuel Augusto Montes de Oca e integraron Fernando Sagui y Manuel Malbrán, denunciando que más allá de las palabras, era evidente que la política de fondo era adversa a la limitación o reducción de armamentos. Terminó diciendo: "Se está siguiendo una malísima diplomacia, que algún día hemos de discutir con el señor Ministro de Relaciones Exteriores"⁴⁵.

No pasaron veinticuatro horas y Gallardo estaba en el recinto parlamentario, con sus colegas de Guerra y Marina⁴⁶.

El diputado capitalino Leónidas Anastasi rebatió punto por punto al dirigente demócrata progresista, tras lo cual tomó la palabra el canciller. Comenzó disipando cualquier inquietud acerca del estado de las relaciones exteriores, que calificó de excelentes. Se refirió a las instrucciones impartidas al Jefe de la delegación, Manuel Augusto Montes de Oca, en el sentido de que se arribase a una solución clara y franca a través de una limitación real y efectiva de los armamentos tanto navales como terrestres, instrucciones cuya confección había corrido por cuenta de propio presidente de la República.

Tras negar el belicismo que De la Torre adjudicaba a Alvear, Gallardo pudo dar su propio testimonio de los horrores de la guerra, puesto que venía de un continente que los había sufrido. Y explicando lo que es la guerra moderna dijo: "dada la coordinación y solidaridad de todos los países del mundo, resulta que hoy en día no hay vencedores ni vencidos; en cualquier guerra solo hay vencidos". Por el contrario,

"la paz... es sin duda el mayor tesoro de que disfrutamos, tanto más valioso en este momento en que podemos considerarnos como una especie de isla afortunada en medio del mar tempestuoso que azota y embate hoy día toda la tierra"⁴⁷.

45. Cámara de Diputados de la Nación. Sesión del 13 de septiembre de 1923.

46. Cámara de Diputados de la Nación. Sesión 14 de septiembre de 1923. Ver sobre este debate y la actitud del ministro de Guerra, Cnel. Agustín P. Justo: Potash, Robert. "El Ejército y la política en la Argentina". Vol. 1: 1928-1945. Ed. Sudamericana, pág. 36.

47. Cámara de Diputados de la Nación. Sesión 14 de septiembre de 1923. Ver sobre este debate y la actitud del ministro de Guerra, Cnel. Agustín P. Justo: Potash, Robert. "El Ejército y la política en la Argentina". Vol. 1: 1928-1945. Ed. Sudamericana, pág. 36.

El ilustre Manuel Augusto Montes de Oca había tenido una importante actuación en Santiago de Chile. Su discurso inaugural se convirtió en una pieza célebre y a todo lo largo de la Conferencia se mantuvo en contacto con el gobierno, buscando un compromiso continental de limitación de armamentos sin éxito. Alvear propició luego su designación en la Corte de Justicia de La Haya⁴⁸.

2. La cuestión del arzobispado de Buenos Aires

El "malentendido" entre la Santa Sede y el gobierno nacional en torno a la provisión del arzobispado de Buenos Aires, única sede por entonces arquidiocesana de la Argentina, fue quizás el episodio más amargo de la gestión de Gallardo.

Hombre de profundas convicciones religiosas y amigo personal del prelado objeto del implícito veto papal, debió defender la reivindicación del Patronato que por aquel entonces era considerado un atributo no negociable de la soberanía del Estado. Simultáneamente, sabía que desde la tribuna parlamentaria y desde la prensa no se desperdiciaría la ocasión de disparar la artillería sobre el flanco propicio del enfrentamiento entre la autoridad civil y religiosa para sacar provecho de lo que se evidenciaba como un conflicto entre católicos.

La actitud de Gallardo puede seguirse a través de sus memorias y de los debates en que participó en el Senado.

Tanto Alvear como Gallardo en sus visitas al Cardenal Gasparri, Secretario de Estado de Pío XI, habían aludido a la previsible vacancia de la arquidiócesis por la enfermedad de Monseñor Mariano Antonio Espinosa. El alto dignatario había descartado algunos nombres deslizados por los visitantes, pero el de Mons. Miguel de Andrea no había suscitado objeciones aparentes.

Nacido en 1877, hijo de inmigrantes italianos, De Andrea era párroco de San Miguel Arcángel en el centro de la capital porteña y sucesor del P. Grote al frente de los Círculos de Obreros Católicos.

Como tal se convirtió en un denodado apóstol de la doctrina social católica propugnando la sanción de leyes laborales y condenando las ideas socialistas y comunistas.

Su prédica intentó la nada fácil tarea para aquellos tiempos de armonizar palabras como democracia, justicia social, cooperación entre capital y trabajo, libertad.

48. Padilla, Alberto G. "Manuel Augusto Montes de Oca. Su obra, su personalidad". Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 2a. época, n. 9, pág. 57. Conferencia del 26 de julio de 1967.

En 1920 Benedicto XV lo elevó a la plenitud del sacerdocio como obispo "in partibus" de Temnos⁴⁹.

Orador sagrado, conferencista, organizador infatigable, De Andrea despertaba grandes adhesiones y no pocas reservas. La Unión Popular Católica Argentina contaba con la bendición de los obispos pero a la hora de los cuestionamientos se identificó con los "popolari" que no gozaban bajo Pio XI del apoyo dispensado durante el pontificado anterior y cuyo fundador, don Luigi Sturzo "amaba fraternalmente a Mons. De Andrea", según testimonia Manuel Río que tuvo la satisfacción de oírlo del propio sacerdote italiano⁵⁰.

El deceso de Mons. Espinosa puso en marcha el dispositivo constitucional, mediante el cual el Presidente de la República presentaba el candidato a la Santa Sede, de acuerdo a la terna elevada por el Senado.

En la votación realizada en dicho cuerpo, Mons. de Andrea obtuvo once votos, seguido por los obispos Alberti y Bazán⁵¹. En este trámite, Gallardo guardó una estricta "neutralidad", a la que estaba obligado por su amistad con el prelado que encabezó la terna.

Si el resultado de la votación hubiera favorecido en primer lugar al diocesano de La Plata, Mons. Francisco Alberti, habrían coincidido la propuesta presidencial y la voluntad papal. Pero Alvear, tras conversar con De Andrea, resolvió que él reunía las condiciones ideales para el cargo, juicio que hoy en día nos parece absolutamente impropio de la autoridad civil pero que entonces, al menos entre nosotros, no se discutía debido al arraigo de la institución del Patronato.

En el mensaje que el Ejecutivo dirigió al Senado se usa textualmente la expresión "designar". El Dr. Leopoldo Melo, que tendría más de una lúcida intervención en el recinto durante el conflicto, hizo notar que "debe de haber un error en esa referencia porque no puede decir que ha designado, sino que ha propuesto... el patrono no puede designar, el patrono lo presenta"⁵².

La distinción, veremos, no era baladí, ya que apuntaba a quien tenía la decisión última, el patrono o el Pontífice.

Comenzaron las gestiones en Roma, de donde llegaban alentadores despachos del ministro Daniel García Mansilla. Pero no tardaría Alvear en saber de labios del Nuncio Apostólico que la candidatura tropezaba con grandes dificultades.

49. "Pensamiento cristiano y democrático de Mons. De Andrea", Bs. As. Imprenta del Congreso de la Nación, 1963.

50. Río, Manuel. "El magisterio civilizador de Mons. De Andrea", en Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, cit. pág. 279.

51. Senado de la Nación. Diario de Sesiones, año 1923 pág. 215.

52. Senado de la Nación. Diario de Sesiones, año 1923.

Ante la aparente discordancia entre ambos informes, Gallardo telegrafió a García Mansilla y previendo obstáculos agregaba:

“Dada la irrevocable decisión de este gobierno de hacer respetar en toda su integridad los derechos inherentes al Patronato argentino, cúmpleme significar nuevamente a V.E. las desagradables consecuencias que tendría un rechazo del Vaticano, tanto para la Iglesia Argentina como para la situación de esa Legación”.

El intercambio de telegramas entre la Cancillería y la representación ante la Santa Sede revelan el desagrado de la primera ante la actitud indulgente que demostraba frente a los argumentos vaticanos, de lo que García Mansilla se defendió con ahínco.

De nada valió el telegrama personal de Alvear al Papa. Fue inútil que la Cancillería exigiera que se precisaran las razones de la negativa. Ni la ortodoxia ni la vida personal del candidato estaban en discusión, pero el “secreto pontificio” era impenetrable.

Por cierto que las “injerencias extrañas” aludidas por Gallardo en sus despachos se habían hecho sentir, tanto en la Nunciatura como en la misma sede romana. Los Jesuitas y otras congregaciones, así como algunos señores de influencia hacían oír sus opiniones desfavorables sobre el obispo de Temnos. Sea lo que fuere, para la Santa Sede resultaba evidente que la designación no suscitaba unánimes sentimientos en la grey católica.

La cuestión trascendió los limitados círculos oficiales. Los diarios se sumaron con deleite a la disputa, aparecieron groseros panfletos y libelos más o menos anónimos. Un salesiano escribía por entonces al P. Vespignani: “Ya estará Vd. enterado de la revuelta que hay por el asunto de Mons. De Andrea. Ciertamente que si el Ministro era otro en vez de Gallardo iba a suceder algo gordo en Buenos Aires”⁵³.

Mons. De Andrea, involuntario protagonista de una situación mortificante, llevó su renuncia a Alvear. Gallardo estaba presente y narra que aquél le dio un estrecho abrazo “declarando que para el Presidente de la Nación Argentina, el único Arzobispo de Buenos Aires era Mons. Miguel De Andrea, y que, por consiguiente, no presentaría otro candidato. Al oír estas palabras tan generosas como imprudentes, medí la magnitud de la lucha en que nos embarcábamos y rogué íntimamente a Dios que nos permitiera alcanzar una solución, sin grave desmedro para la Patria ni para la Iglesia”⁵⁴.

Aunque Gallardo hubiera deseado una solución distinta, lo que permitía la renuncia espontánea del candidato, no vaciló en respaldar a Alvear en forma enérgica y decidida.

53. Bruno, Cayetano. “Los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina”, vol. II, pág. 68. Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 1989.

54. M., 357.

Por insólito que hoy parezca, los gobiernos de Brasil y Francia ofrecieron sus buenos oficios, aunque Gallardo sólo aceptó que el segundo hiciera conocer a la Santa Sede el prestigio que gozaba Mons. De Andrea en aquél país.

El obispo volvió a elevar su renuncia, pero Alvear se mantuvo intransigente.

El debate llegó al Congreso. Gallardo estuvo en el Senado para responder a la interpelación presentada por Juan B. Justo el 1º de julio de 1924.

Si en todo el conflicto demostraba firmeza, si sus comunicaciones a García Mansilla eran de singular dureza (no vaciló en aludir a "argucias de sacristía"), ante el Senado calibró lo delicado del equilibrio que debía guardar para que sus palabras no sirvieran, como muchos hubieran querido, para causar un daño a las relaciones con la Santa Sede y con la Iglesia en la Argentina.

Sencillo y tranquilo en la expresión, sin soslayar algunos rasgos de bien calibrada ironía, no trepidará en reaccionar en defensa de su gobierno y de su persona ante los injustos agravios que se verterán en el calor del debate.

Con términos que reaparecerán en el mensaje presidencial de 1925 afirmó que:

"En esta tramitación no ha habido absolutamente nada que roce, siquiera en mínima parte, a la soberanía nacional, y menos en concreto, al ejercicio del Patronato Nacional".

En cuanto al procedimiento seguido explicó que, al no existir concordato, no había una consulta previa, como ocurría en otros países, si bien en las entrevistas sostenidas con el Cardenal Gasparri se trató el tema.

Justificó las razones por las que el gobierno rechazó la renuncia de Mons. De Andrea ya que "era sentar un precedente peligroso el que se dejase eliminar un candidato sin que se asumiera la responsabilidad del rechazo y por el simple hecho de sugerirle la renuncia".

La posición de Gallardo se resumía bien en estas frases:

"El Gobierno Argentino mantendrá su actitud en la defensa y el sostenimiento de los derechos que ejercita, pero no puede tampoco adoptar una actitud de absoluto obcecamiento y de intransigencia, no queriendo oír más sobre el asunto, porque puede ser que se presente algo razonable", aclarando a una pregunta de Justo que ello sería "algo que dejase a salvo todos sus derechos".

Tras desechar la posibilidad de una reforma constitucional que separase amistosamente a la Iglesia y el Estado, Gallardo contestó a Juan B. Justo que habló de su aptitud para afrontar situaciones difíciles ya que había "una medida de crueldad" en

la interpelación por los conocidos sentimientos religiosos del ministro. Sentimientos, dijo Gallardo "que jamás he negado y que estoy dispuesto a declarar en cualquier circunstancia con toda aptitud sean cuales fueran las consecuencias. No rehúyo responsabilidades en ese sentido". Por último, reivindicó la exclusiva atribución del presidente en el manejo de las relaciones exteriores ante la pretensión de constituir una comisión investigadora en el Senado sobre el conflicto.

La ocasión sirvió a Juan B. Justo para una de sus feroces requisitorias contra el Papa y la Iglesia Católica. El tono mordaz y despectivo está de lleno en esta frase: "el Papa, qué es lo que representa en resumen? De un punto de vista se puede decir que Roma es un emporio de una fe sincera, que todavía se conserva para edificación y consuelo de cierta cantidad de gentes desparramadas por el mundo, y entre las cuales se cuentan, viejos de ambos sexos, enfermos incurables y pueblos en decadencia", lo que fue acogido con risas, según el diario de sesiones.

El 2 de diciembre de 1924 la Santa Sede produjo un hecho que reavivaba el problema: ante la grave enfermedad, a la que seguiría la muerte, del vicario Mons. Piceda, designó administrador apostólico de la sede vacante a Mons. Juan Agustín Boneo, Obispo de Santa Fe. El Poder Ejecutivo lo obligó a presentar la bula papal y le remitió a la Corte Suprema, según lo dispuesto por el art. 86 inc. 9 de la Constitución.

El más alto tribunal, con el voto unánime de sus integrantes (Dres. Bermejo, Figueroa Alcorta, Méndez, Repetto y Laurencena) negó el acuerdo para el pase de la bula. La sentencia del 6 de febrero de 1925 juzga la designación contraria al Patronato, ya que ella requería la previa presentación. Y seguía:

"Por las mismas causas que el Estado no podría desconocer el legítimo derecho de la Santa Sede para denegar por fundadas razones aquello que se encuentra en sus facultades otorgar, esto es la institución canónica, requiriendo en tal caso una nueva presentación, tampoco la Iglesia podría a su turno, atribuirse la facultad de nombrar ningún dignatario con facultades de Obispo o Arzobispo sin que haya mediado la necesaria presentación".

A results de este fallo, si bien Mons. Boneo no fue reconocido formalmente como administrador apostólico, el Gobierno nada hizo por impedirle ejercer sus funciones. De esa manera, y a pesar de voces interesadas en que el Gobierno ejerciera su autoridad para provocar un enfrentamiento, se llegaba paso a paso a la solución.

Nuevamente Gallardo fue llamado al Senado, de donde se levantó ante expresiones que juzgó lesivas para el Nuncio Apostólico como representante de un Estado extranjero. En su ausencia, el senador Aybar Augier se explayó largamente sobre la situación acusando al Ejecutivo de seguir "una política contemplativa, el *laissez faire*, que ha traído aparejada una serie de complicaciones que han llegado a asediar no solo al Poder Ejecutivo sino también al Senado de la Nación". Un proyecto de resolución pi-

diendo se declarase persona no grata al nuncio se vio frustrado al abandonar el recinto los senadores Leopoldo Melo y Fernando Saguier, quedando el cuerpo sin quórum⁵⁵.

Por último, el gobierno aceptó la renuncia empeñosamente presentada por De Andrea, fundando el cambio de actitud en los términos de la sentencia de la Corte. Nuevamente nos llama la atención que tanto el prelado como el gobierno utilicen la expresión "renuncia". Si bien el camino estaba expedito para la provisión de la sede arquidiocesana, mediante una nueva presentación, Gallardo juzgó necesario que el gobierno manifestase de alguna manera su desagrado por la actitud de la Santa Sede para evitar ser tachado de claudicante en la defensa del Patronato.

Fue así que con una dilación de 24 horas se conocieron el decreto de aceptación de renuncia y la declaración de que el Nuncio Mons. Juan Beda di Cardinale y el Secretario Mons. Maurilio Silvani habían dejado de ser personas gratas. La medida que afectó a ambos, realmente tenía en el segundo una justificación en cuanto a actitudes asumidas por éste contra la candidatura episcopal en cuestión.

En ciertos medios católicos, la reacción gubernamental fue mal recibida y ello se tradujo en el seno del gabinete por el Dr. Tomás Le Breton. Pero el presidente se solidarizó totalmente con su canciller, conjurándose una crisis ministerial.

Simultáneamente, una cuestión de política interna sacudía la cohesión del equipo presidencial: Vicente C. Gallo, tras renunciar apenas iniciado su mandato de 9 años a su banca en el Senado, asumió el Ministerio del Interior en reemplazo de Matienzo. Dispuesto a desarmar la maquinaria yrigoyenista, para imposibilitar el regreso del viejo caudillo, Gallo propició la intervención a la provincia de Buenos Aires, a cuyo frente estaba el cuñado de Gallardo. Este, con otros miembros del gabinete, defendió la no aplicación del remedio constitucional y Alvear coincidió con la postura. Gallo, en gesto de coherencia, renunció al ministerio, como había pensado hacerlo Gallardo si el resultado hubiese sido el inverso, y fue reemplazado por José P. Tamborini.

Entretanto las tramitaciones con la Santa Sede continuaban, habiéndose confiado al Dr. Vicente C. Gallo, aún en el ministerio, por su versación jurídica, la preparación de un proyecto de respuesta al Cardenal Gasparri que García Mansilla, tras muchas vacilaciones y urgido por la Cancillería, se limitó a transmitir verbalmente.

El Nuncio Beda di Cardinale dejó el país tras la visita del Príncipe de Gales, entre las quejas de quienes reclamaban una partida sin demoras. Su reemplazante fue Mons. Felipe Cortesi, Arzobispo titular de Sirace, cuya inteligencia penetrante y personalidad fina y distinguida dejaron huella entre nosotros⁵⁶.

55. Senado de la Nación. Diario de Sesiones, Sesión del 1º de julio de 1924; Corte Suprema de Justicia de la Nación. Fallos 142-342 y Senado de la Nación. Diario de Sesiones, sesión del 22 de septiembre de 1924.

56. Una semblanza de Mons. Felipe Cortesi puede leerse en: Apellániz, Mariano A. de, "Callao 1730 y su época", Ed. del autor.

Con la formación de una nueva terna, encabezada por el fraile franciscano José María Bottaro, y la presentación de éste a la Santa Sede se cerraba un capítulo ingrato. Mons. De Andrea, desde Roma, contribuyó eficazmente a sanar las heridas producidas entre el Estado Argentino y la Sede Apostólica.

La gestión de Mons. Cortesi, las sucesivas designaciones de los arzobispos Bottaro y Copello y la provisión acertada de otras diócesis llevaron a la eclosión del Congreso Eucarístico de 1934, verdadero hito en la historia del catolicismo en la Argentina. Gallardo no tuvo la dicha de ser testigo de ese acontecimiento ya que la muerte lo arrebató muy poco antes.

Décadas más tarde, la Santa Sede y la Argentina llegaron a un Acuerdo basado en el reconocimiento de la libertad de la Iglesia y los principios de autonomía y cooperación entre ambas potestades. Una mutación constitucional dejaba en la Historia al Patronato, definitivamente eliminado del texto con la reforma de 1994⁵⁷.

3. La Argentina y la Liga de las Naciones

A todo lo largo de la presidencia de Alvear tanto éste como el ministro Gallardo urgieron al Congreso la aprobación del tratado mediante el cual la Argentina adhirió a la Liga de las Naciones.

En realidad, el Poder Ejecutivo estaba entre dos fuegos. La bancada radical, recordando la célebre divergencia entre Yrigoyen y Alvear de 1920, obstruía pasivamente los proyectos. Por el otro lado, Lisandro de la Torre y Antonio De Tomasso reclamaban del gobierno una actitud más enérgica y denunciaban sus vacilaciones.

En la sesión de la Cámara de Diputados del 17 de septiembre de 1924 De Tomasso dijo que "no basta enviar mensajes" e intentó poner en evidencia una duplicidad en la política oficial.

Gallardo respondió a la imputación con acento indignado:

"En las funciones que actualmente estoy desempeñando, aplico exactamente el mismo criterio desinteresado y de exclusivo culto de la verdad y el patriotismo que he empleado en todas las otras actividades que me ha tocado desempeñar en mi vida. No he sido ni soy hombre político ni tengo aspiraciones de serlo. He tratado estas cuestiones que ahora me toca resolver llevado exclusivamente por el ánimo de prestar, en lo que de mí dependa, un servicio a mi país y un acto de solidaridad con el excelentísimo señor presidente de la República".

57. Centeno, Angel M. "El Acuerdo con la Santa Sede" y Frías, Pedro J.: "Veinticinco años del Acuerdo Argentina-Santa Sede", en CRITERIO, n. 2080, págs. 588 y 591 resp.

La discusión adquirió perfiles violentos cuando el senador por Santa Fe intentó leer las opiniones vertidas por el ministro en el seno de la comisión que estudiaba el proyecto. Gallardo se opuso en razón de que uno es el alcance de las palabras dichas "entre cuatro caballeros" y otra cuando aquéllas se pronuncian en público. De La Torre insistió en que el ministro se había referido a la Liga entre "burlas y sátiras". Entonces Gallardo reclamó la lectura íntegra del texto, tomado, cabe señalar, sin su conocimiento, pero el cuerpo no aceptó.

Los mensajes del presidente volvieron una y otra vez durante seis años sobre la necesidad de aprobar el tratado, pero el Congreso se limitó a destinar las partidas presupuestarias para el pago de las cuotas pero eludió ir a la cuestión de fondo⁵⁸.

Como último recurso, Gallardo concurrió a la sesión de la Cámara de Diputados del 6 de julio de 1928, donde trazó un completo panorama de la situación argentina frente a la Liga de las Naciones.

Comenzó expresando que:

"Puede discutirse si efectivamente la República Argentina está o no adherida a la Liga de las Naciones. En síntesis, puede afirmarse que desde el punto de vista exterior, internacional, la República Argentina aparece como adherida a la Liga, pero, desde nuestro punto de vista interno e institucional esta adhesión no es perfecta y precisamente, se trataría de que el Congreso resolviera perfeccionar esta adhesión o rechazarla si creyese oportuno, aunque, como he dicho, la opinión del Poder Ejecutivo es que corresponde perfeccionar la adhesión".

La indefinición era "poco seria internacionalmente", ya que si el Congreso no deseaba aprobar el tratado debía "asumir la responsabilidad histórica" del retiro de nuestro país del foro.

Pasó luego a la Liga misma, que si bien no carecía de defectos era perfectible. Minimizó la distinción entre miembros con y sin asiento permanente y, buscando apoyos en las filas yrigoyenistas, mencionó la presencia de los países vencidos en la contienda mundial. No había pues contradicción con los principios sustentados durante la anterior presidencia, sino que, por lo contrario, la Argentina podía considerar que buena parte de sus aspiraciones se habían cumplido.

Recordó también que si el Congreso no aprobaba el tratado, la Argentina estaría obligada a formalizar su retiro de acuerdo a la carta de la Liga mediante un aviso de dos años.

Ahora bien, la ausencia del país "nos pondría al margen de sus éxitos". Pero, si la Liga estuviera destinada al fracaso:

58. Cámara de Diputados de la Nación. Sesión del 17 de septiembre de 1924.

“sería todavía más lamentable nuestra posición: deberíamos experimentar un verdadero remordimiento al pensar en las indiferencias o desvíos de algunos países que pudieran haber contribuido a producir el fracaso; tal fracaso sería realmente lamentable, porque un organismo inspirado en ideal tan alto como es el evitar o al menos, hacer sumamente difíciles las guerras, debe tener apoyo de todo el mundo”⁵⁹.

El 25 de septiembre siguiente, a escasas dos semanas de la transmisión del mando, el canciller insistió ante el Congreso sin correr mejor suerte.

Tocó al gobierno del Gral. Justo perfeccionar nuestra adhesión a la Liga de las Naciones.

4. La situación italiana y una profesión de fe democrática

Uno de los objetivos del ministro Gallardo en su gestión fue elevar al rango de embajadas algunas de las representaciones diplomáticas europeas y americanas⁶⁰.

Respecto a Italia tal posibilidad se había anticipado al flamante primer ministro Mussolini, y por consiguiente aquel país acreditó su embajador, debiendo en consecuencia hacer lo propio la Argentina.

Si para la sanción de la ley de creación de las embajadas en naciones como Francia o Méjico, Gallardo no tuvo otros inconvenientes que los normales en su relación con el Congreso, la situación italiana mereció un tratamiento especial.

El asesinato del diputado socialista Enrico Matteoti provocó en su momento telegramas de repudio del Congreso. Era evidente que el régimen fascista avanzaba en la afirmación de su estructura totalitaria.

Nicolás Repetto trajo a colación declaraciones del ministro que, a su llegada de Roma, habría sido favorable a la instauración del fascismo. En las palabras del diputado socialista había una apenas velada insinuación que Gallardo recogió.

La cita textual e íntegra de esa intervención de Angel Gallardo se justifica por la altura de sus conceptos y la claridad de su expresión:

“Pero el señor diputado por la Capital me ha atribuido simpatías reaccionarias y hasta supuesto que yo pudiera abrigar el deseo de ver que nuestras instituciones democráticas fuesen modificadas, alteradas, subvertidas en cualquier forma”.

59. Cámara de Diputados de la Nación, Sesión de julio de 1928.

60. Se elevaron el rango de embajadas las representaciones argentinas en: Gran Bretaña (ley 11.400); República Oriental del Uruguay (ley 11.401); República del Perú (ley 11.402); República de Méjico (ley 11.403); República de Francia (ley 11.404) y Santa Sede (ley 11.405).

“Ahora esto ya no es cuestión de gobiernos extranjeros ni de relaciones exteriores, y aquí no hablo tampoco como ministro de relaciones exteriores sino simplemente como ciudadano argentino. Como tal le puedo declarar al señor diputado por la Capital y a toda la Cámara que mi fe democrática es absoluta, franca e incontrovertible; que tengo una absoluta fe en la democracia, aun en sus errores, que respeto al parlamento como la expresión legal de la democracia y que he sido uno de los que más ha lamentado que el parlamento, por las razones que tuviere, haya podido alguna vez ser blanco de ataques aparentemente justificados pero que en el fondo pueden abrir paso a esas sugerencias que se ha referido el señor diputado, sugerencias que yo considero criminales”.

“Veo con satisfacción que el parlamento argentino está en vías de reaccionar para cerrar la puerta a ese género de sugerencias antidemocráticas y liberticidas que, vuelvo a repetir, deben considerarse como verdaderos crímenes; y creo más: que por el solo hecho de expresarlos parecen aproximar su realización y van acostumbrando el espíritu a ciertas ideas de las que ni en sueños debemos jamás acordarnos”.

“Hay una frase alemana que dice que no se debe pintar el diablo en la pared, y de la misma manera digo que hay ciertos conceptos liberticidas que ni por vía de insinuación ni siquiera como broma deben formularse, porque van abriendo un surco profundo y van realizando una acción comparable a la de una gota de agua, preparando el espíritu público para soluciones o actitudes que serían las más vituperables y las más tristes”.

Las palabras de Gallardo fueron recibidas, según testimonia el diario de sesiones, con múltiples manifestaciones de aprobación⁶¹.

En 1927 el Poder Ejecutivo, con la firma de los ministros Tamborini, de Interior, y Gallardo, contestó el pedido de informes de la Cámara baja sobre el supuesto funcionamiento de milicias fascistas en el territorio argentino.

El informe se refiere a la creación del Partido Nacional Fascista, limitado exclusivamente al ámbito de la colectividad italiana, y desecha amenazas e intimidaciones de que habrían sido objeto residentes contrarios al régimen imperante en aquel país. En cambio resalta que existen entidades antifascistas cuyos militantes habían producido actos hostiles contra los adherentes a Mussolini en ocasión de reuniones organizadas por éstos⁶².

61. Cámara de Diputados de la Nación, Sesión 6 de agosto de 1926.

62. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Memoria, 1927 y Cámara de Diputados de la Nación, año 1927, tomo 2, pág. 164. Sobre el Partido Nacional Fascista en la Argentina puede verse: “Italia - El Partido Nacional Fascista” por Haroldo H. S. Ferrero, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Sección Publicaciones del Seminario de Ciencias Jurídicas y Sociales, Bs. As. 1941.

En cuanto al hecho de que el embajador en misión especial Giovanni Giuriati hubiera presentado credenciales llevando el uniforme de gala fascista, la inexistencia de normas protocolares en cuanto a la indumentaria requerida para tal acto impedía que fuera objetado por la Cancillería.

5. Dos príncipes en Buenos Aires

Los años de la presidencia de Alvear fueron pródigos en visitantes ilustres. Pirandello, el conde de Keyserling, Austin Chamberlain, el príncipe Luis Fernando de Prusia, nieto del Kaiser Guillermo II, Ramiro de Maeztu, fueron sólo algunos de ellos.

Ramón Franco, con Ruiz de Alda, Durán y el mecánico Rada cruzaron el Atlántico en la aeronave "Plus Ultra" que donaron al país y que se exhibió después en el Museo de Luján.

De entre los visitantes, dos dejaron huella imborrable, sintetizando de alguna manera el prestigio de que gozaba la Argentina en esos tiempos de paz y progreso.

Gallardo podía considerarse responsable de ambas visitas, ya que su gestión en Italia y el periplo del presidente electo fueron los antecedentes determinantes.

Humberto de Saboya, Príncipe del Piamonte, arribó el 6 de agosto de 1924 a bordo del acorzado "San Giorgio", al que escoltaba otro navío de guerra, el "San Marco".

Unas cien mil personas se congregaron para aclamar al heredero del trono italiano, a quien acompañaba el presidente Alvear. Veinticinco mil escolares se congregaron en la Plaza del Congreso en tanto que la Universidad le confirió el doctorado "honoris causa".

Paseos en yate, velada de gala en el Colón, banquete en el Salón Blanco, visitas a la estancia de Pereyra Iraola y a la ciudad de La Plata, donde hizo de dueño de casa el cuñado de Gallardo, Dr. José Luis Cantilo, a Rosario, Tucumán, Córdoba y Mendoza, jalonaron estos días.

En su mensaje de 1925, el presidente evocó ante el Congreso las "memorias muy gratas" dejadas por quien fue para muchos como la encarnación del príncipe de los sueños. Alvear rindió entonces homenaje a "esa gran nación amiga, que tan destacada situación ocupa en el concierto de la civilización y tan íntimamente vinculada está al desarrollo de la cultura europea", la que "no ha podido realizar ese acto, que importa un señalado homenaje de alta consideración, obedeciendo a criterios personales de simpatía, sino respondiendo a un concepto generalizado de nuestro grado de adelanto y de cultura, compartido por el ambiente superior en que actúa Italia misma y a cuya influencia, lógicamente, esa nación vive sometida".

En el mismo mensaje, Alvear anunció la próxima venida del Príncipe de Gales, hijo del rey Jorge V de Gran Bretaña: "La figura ya conceptuosamente difundida en todos

los centros culturales y sociales del mundo, del heredero de la corona de ese gran país, nos traerá también la representación de una gloriosa dinastía y de un gobierno que es modelo de sensatez y eficacia en el manejo de los complejos problemas que ha sabido afrontar, y de un pueblo que a través de muchos siglos mantiene, acentúa y perfecciona las más grandes virtudes humanas, el amor por la libertad del hombre, la capacidad para el trabajo y la inteligencia aplicada a la conquista de la felicidad"⁶³.

Coincidiendo con el centenario del tratado de paz, comercio y amistad de 1825, llegó el heredero británico a la capital argentina.

Los recuerdos de Gallardo reflejan bien la imagen contradictoria que dejó entre nosotros.

La recepción oficial fue espléndida aunque el público se mostró menos entusiasta que con el príncipe de Saboya.

El de Gales no escondió a Gallardo el tedio que le producía la ópera y el fastidio por la presencia del Marajá de Kapurtala, que hacía coincidir su estancia en Buenos Aires para adular a Jorge V, aunque no soportaba a su hijo. Vistió saco a rayas y camisa blanca cuando fue a La Plata, donde el gobernador Cantilo y su gabinete lo esperaban de rigurosa etiqueta. En el baile de Saguier "el príncipe tuvo varias temporadas, que fueron muy comentadas". A la estancia "Huetel" de Larreta llegó dormido, tras pasar la noche en el tren jugando y bebiendo. Descendió del vagón al finalizar el día y se unió en el establecimiento campestre a Gardel y Razzano tocando la guitarra, bebiendo y cantando hasta la madrugada.

La visita culminó en Mar del Plata, donde el príncipe, ya a bordo del "Repulse", llamó a Gallardo para agradecerle las atenciones recibidas, prometiendo otra visita menos protocolar para conocer mejor el país. Efectivamente, el príncipe volvió a la Argentina en 1932 con su hermano, luego duque de Kent, y Gallardo en sus memorias apunta que se convirtió en uno de los mejores propagandistas del país, por el que siempre siguió demostrando afecto.

Destinos semejantes unieron a estos dos príncipes a los que todo parecía llamar a felices reinados.

Humberto ciñó en 1946 la corona el tiempo suficiente para que un referéndum llevado a cabo en circunstancias azarosas lo obligara al tomar el camino del exilio. Fue "il re di maggio". Más de medio siglo después de su triunfal visita a Buenos Aires y ya octogenario falleció en Suiza en infructuosa espera de la reforma constitucional que le hubiera permitido volver a la patria.

El príncipe de Gales fue proclamado en 1938 como Eduardo VIII a la muerte de Jorge V. Antes de ser coronado Rey de Gran Bretaña e Irlanda del Norte y Emperador de

63. Senado de la Nación. Asamblea Legislativa del 14 de mayo de 1925.

la India lo dejó todo por el amor de una mujer. Paseó largos años su ocio de príncipe desocupado hasta su muerte, acaecida en 1972, a los 72 años de edad.

6. Las relaciones con la Unión Soviética

El diputado Agustín S. Muzio presentó en julio de 1927 un proyecto de reconocimiento del gobierno de Moscú.

Con fecha 31 de agosto del año siguiente, la Cancillería dio respuesta al pedido de informes de la Comisión de Negocios Extranjeros y Culto, no sin dejar constancia que al Poder Ejecutivo corresponde con exclusividad la facultad de reconocer gobiernos o estados.

El informe explica que el antiguo representante del zar, Eugenio Stein había sido acreditado ante el gobierno argentino por los gobiernos provisorios del príncipe Lvoff y de Alejandro Kerensky. En cambio la carta autógrafa del presidente Yrigoyen acreditando al representante de la Argentina ante el "gobierno democrático provisional de Rusia" llegó tras el derrocamiento de éste y su reemplazo por los "Comisarios del Pueblo", con los que no mantenían relaciones los diplomáticos de la capital rusa.

Acto seguido transcribe el informe elevado por el funcionario a cargo de la Legación argentina en Petrogrado, Sr. J. Naveillán, quien fue detenido y recluido en diversas cárceles, situación que se prolongó por varios meses. Las oficinas de la Legación fueron objeto de requisas en busca de documentos y valores. Por último, Naveillán pudo salir de Rusia y desde la capital sueca envió una primera protesta a las autoridades soviéticas, que quedó sin respuesta.

En años posteriores se negaron visas a misiones comerciales de aquel país, ya que los informes recibidos de otros en que habían estado, daban cuenta de la realización de actos de agitación y propaganda comunista. En cambio, en 1926 el Ministerio de Relaciones Exteriores autorizó el envío de semillas de algodón para ser ensayadas en una estación experimental en Taschkent, y en enero de 1928 se solicitaba la apertura de una agencia comercial.

En cuanto al reconocimiento diplomático, Gallardo informaba al Congreso que la Argentina no tenía interés en mantener relaciones con el gobierno soviético.

El ministro fundó su actitud en razones de hecho y en los principios sustentados por el régimen imperante en esa nación.

Por un lado estaba el acuerdo existente entre la Argentina, Brasil y Chile para actuar en forma coincidente en este terreno, y que las informaciones existentes eran que los diplomáticos soviéticos "estaban encargados de producir agitaciones de orden social en Sud América, a base de dinero e instrucciones del Gobierno Ruso". Tras afirmar que "no podemos tolerar que se haga propaganda comunista al amparo de los privilegios diplomáticos" se explaya en diversos ejemplos de situaciones conflictivas creadas por

la injerencia de los diplomáticos rusos en los asuntos internos de los países donde estaban acreditados.

El informe reitera un principio tradicional de la política exterior argentina al decir:

“El Poder Ejecutivo considera indiscutible el derecho que tiene cada Estado de dictarse con entera independencia, las instituciones destinadas a regirlo, pero entiende igualmente que a ese derecho fundamental emanado de su carácter de Soberano, va aparejado el deber correlativo de respetar la organización de los demás”.

Respecto a la posibilidad de protección diplomática a los residentes argentinos en la Unión Soviética dice:

“El Gobierno ruso sostiene su derecho a proteger a los comunistas donde quiera que se encuentren y cualquiera sea su nacionalidad pero no admite que en Rusia nadie profese ideas contrarias al régimen que allí se ha implantado... Si el Gobierno argentino reconociera al de Rusia, los ciudadanos argentinos gozarían de reciprocidad allí, en el ejercicio de los derechos que nuestra Constitución Nacional acuerda a todos los extranjeros. En lo que concierne a las personas, en aquél país no hay libertad de imprenta, comercio o culto, no hay derecho de expresar libremente el pensamiento, ni el de transitar, reunirse, trabajar u holgar, enseñar o aprender”.

El canciller terminaba su informe supeditando el establecimiento de relaciones con el gobierno soviético a un “amplio y satisfactorio desagravio a la República” y la reparación de los daños y perjuicios sufridos por el Sr. Naveillán, pero además a un cambio de orientación de aquél en lo que hacía a su política de intromisión en la vida de los otros estados⁶⁴.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la Argentina modificó su postura y estableció relaciones diplomáticas con la que para entonces era una de las superpotencias mundiales.

7. Los lazos con América Latina. El desarme. Cuestiones de límites

La misma fe en el continente demostrada por el joven Gallardo al convocar al 1er. Congreso Científico Latinoamericano se exteriorizó en su gestión ministerial.

Tal convicción, hondamente arraigada, le permitió contestar al canciller brasileño Félix Pacheco en la forma que hemos visto.

64. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Informe referente a la situación diplomática entre la República Argentina y el gobierno de los Soviets de Rusia. Bs. As., agosto de 1928. Imprenta y Encuadernación de la Cámara de Diputados.

El destino promisorio de América Latina estaba, en el pensamiento de Gallardo como en el de muchos de sus contemporáneos, ligado indisolublemente a la paz, y no, por cierto, a "la paz armada" que, al decir de Montes de Oca, no debía arraigar nunca en el suelo virgen de América⁶⁵.

Ello no impidió que Gallardo compartiese con sus colegas de gabinete la necesidad de que la Argentina modernizase sus equipos y armamentos, no para entrar en una carrera con Brasil ni para hostilizarlo. Pero, en la sesión secreta del Senado, destacó que nada podía ser más perjudicial en la relación con aquél país hermano que no tomarlo en serio.

La posición del gobierno en lo que se refiere a armamentos está expuesta en la equilibrada contestación a la encuesta preparada por los Estados Unidos con destino a la Conferencia del Desarme. Allí, el ministro Gallardo expresó la voluntad argentina de estudiar cualquier limitación razonable en los gastos militares, compatible con las exigencias de seguridad interna y externa, a fin de poder dedicar la mayor parte de los recursos del país al fomento del progreso "sin olvidar que estas riquezas al desarrollarse exigen a su vez una protección adecuada a los grandes intereses que hoy significan"⁶⁶.

La determinación de los límites entre la Argentina y sus vecinos tampoco fue ajena a su preocupación.

El 9 de julio de 1925 se firmó en La Paz el Tratado de Límites Argentino-Boliviano. En sus memorias Gallardo le asigna relevancia y defiende sus resultados, destacando la intervención directa que tuvo en su concreción. Saliendo al cruce de quienes lo impugnaron porque el tratado reconocía la jurisdicción boliviana sobre Yacuiba, Gallardo señala, primero, que Bolivia nunca pensó en ceder esa localidad a la Argentina; segundo, que siempre perteneció a Bolivia y por último, que el canciller Amancio Alcorta había prometido mantener tal principio al firmarse al tratado de 1889. Estas explicaciones, más una "lección de geografía elemental", las brindó el ministro ante la Comisión de Negocios Constitucionales del Senado, obteniendo finalmente que el cuerpo votase favorablemente el tratado.

La determinación del límite en el Río de La Plata fue el objeto real de un viaje a Montevideo, revestido en apariencia de meros aspectos sociales.

La propuesta que llevó Gallardo, sin encontrar eco en las autoridades orientales, consistía, según narra, en considerar lo que se llama el Plata Superior como la desembocadura de los ríos Uruguay y Paraná y aplicarles el criterio del "talweg" para la delimitación de las islas del Río de la Plata hasta la del Juncal. Si esto era aceptado por el país vecino, no habría inconveniente en concederles una línea media en el Plata Medio

65. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Memoria, 1922-23, discurso del Dr. Manuel A. Montes de Oca.

66. Ruiz Moreno (h), Isidoro: Historia de las relaciones exteriores argentinas 1810- 1955. Ed. Perrot, 1961.

e inferior, dejando el canal en jurisdicción argentina. Ello era, pensaba Gallardo, lo que mejor contemplaba tanto los derechos argentinos sobre la isla Martín García como el deseo uruguayo de adoptar como límite la línea medio del Río de la Plata.

Entretanto, dos países vecinos buscaban soluciones a sus propios conflictos limítrofes. La Argentina ofreció a Bolivia y Paraguay sus buenos oficios, para lo cual designó como observador al Consejero político-legal de la Cancillería, Dr. Isidoro Ruiz Moreno. De tal forma se suscribió en Buenos Aires el protocolo Gutiérrez Díaz-León, mediante el cual las partes aceptaban reanudar las conversaciones de paz y contemplaban incluso el recurso al arbitraje. La actuación de Ruiz Moreno mereció el reconocimiento de ambos países, que luego llegarían a un cruento enfrentamiento⁶⁷.

El hijo de aquél observador oyó de su padre "cuánta preocupación tuvo el Dr. Gallardo y con qué atención siguió las deliberaciones de los representantes paraguayos y bolivianos, que sólo pudieron ponerse de acuerdo para declarar que el litigio no sería resuelto sino por medios pacíficos, salvo el caso de legítima defensa"⁶⁸.

En 1928 tuvo lugar la VI Conferencia Panamericana, que se reunió en La Habana. El delegado argentino fue el Dr. Honorio Pueyrredón, que se desempeñara como canciller del presidente Yrigoyen, y que como expresión de las divergencias entre las dos líneas del radicalismo, adoptó posiciones distintas a las señaladas por el gobierno. Contrariando las instrucciones del presidente de no extremar la intransigencia, se negó a firmar las conclusiones de la Conferencia si no se reclamaba la supresión de barreras aduaneras, con lo que entraba en colisión con la posición de los Estados Unidos. Por eso mismo y por estarse ya en clima preelectoral, la actitud de Pueyrredón fue bien recibida en la opinión pública, más aún cuando, haciendo pública la discrepancia, renunció a la jefatura de la delegación.

Su sucesor, Laurentino Olascoaga, tampoco siguió las instrucciones de limitarse a las intervenciones imprescindibles⁶⁹.

Para responder a quienes acusaban al gobierno de favorecer a los Estados Unidos debido a la posición respecto a las barreras aduaneras, Gallardo hizo presentar, por medio del delegado argentino ante la Liga de las Naciones, una declaración acerca del carácter de "pacto regional" que le atribuía el art. 21 de la Carta a la doctrina Monroe.

Tal doctrina, precisó nuestro país, no era sino una declaración unilateral de los Estados Unidos, no aprobada explícitamente por ningún otro país americano.

Cabe señalar que durante la Conferencia de La Habana, el representante argentino, de acuerdo a lo instruido por su gobierno, condenó el desembarco de "marines" en

67. Ruiz Moreno (h), Isidoro: op. cit.

68. Ruiz Moreno, Isidoro. "El Dr. Angel Gallardo, Ministro de Relaciones Exteriores". Conferencia Pronunciada en la Sociedad Científica Argentina. Ed. S. C. Arg. Conferencias "Angel Gallardo" de 1968 a 1978. Bs. As. 1978.

69. Gallardo Guillermo. Presidencia de Alvear, cit.

Nicaragua. A pesar de la promesa del delegado de Estados Unidos, Hughes, de que las fuerzas serían retiradas a la brevedad, nuestro país manifestó:

“La soberanía de los Estados consiste en el derecho absoluto a su autonomía interior o independencia externa. La intervención diplomática o armada, permanente o temporal, atenta a la independencia sin que la justifique el deber de proteger los intereses nacionales”⁷⁰.

8. Afirmación de los derechos argentinos en el Atlántico Sur

La posición de nuestro país respecto a las islas Malvinas y las otras islas del Atlántico Sur tuvo, también durante la presidencia de Alvear, y reafirmando una constante de la política exterior argentina, ocasión de expresarse con serena claridad.

Ya en 1925 el gobierno británico llamó la atención al gobierno argentino por la instalación de una estación de radiotelegrafía en el observatorio de la Isla Laurie.

El ministro Gallardo, por nota del 30 de noviembre de 1925, se dirigió al representante británico y, aunque resaltaba los términos corteses y amistosos en que se habían formulado, no podía admitir esas reservas. Se trataba de territorio argentino y, en consecuencia, el procedimiento a seguir sería el contemplado por las convenciones internacionales radiotelegráficas a que la Argentina había adherido.

Tanto en 1926 como en 1927 Gran Bretaña volvió a formular reservas. El 15 de diciembre de 1927 el Dr. Antonio Sagarna, a cargo del ministerio por ausencia de Gallardo, respondió en términos coincidentes con la nota anterior.

Un requerimiento formulado por la Unión Postal Universal dio motivo a la Cancillería, con intervención de su consejero Dr. Ruiz Moreno, para precisar los alcances exactos de la jurisdicción argentina; la que se extiende, decía la comunicación del 14 de septiembre de 1927, de hecho y de derecho a la superficie continental, al mar territorial y a las islas situadas sobre la costa marítima, a una parte de la Isla de Tierra del Fuego, a los Archipiélagos de los Estados, Año Nuevo, Georgias del Sur, Orcadas del Sur y a las tierras polares no delimitadas. De derecho, no pudiendo ejercerlo de hecho, debido a la ocupación mantenida por Gran Bretaña, le corresponde también el Archipiélago de las Malvinas.

El memorándum del 20 de enero de 1928 decía al respecto:

“Si bien es exacto que desde 1833 esas Islas han estado bajo ocupación británica, no lo es menos que desde esa fecha y en diversas oportunidades, el Gobierno Ar-

70. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Memoria, 1928.

gentino ha protestado por dicha ocupación y por el acto originario que le determinó".

En cuanto a las Oreadas del Sur, continuaba, "la soberanía deriva, aparte de otros derechos inalienables, de la primera ocupación, efectiva y constantemente mantenida"⁷¹.

9. El convenio con Francia sobre el servicio militar

El 26 de enero de 1927 el Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Aristide Briand, y el ministro argentino, Federico Alvarez de Toledo, suscribieron el convenio destinado a regular la situación militar de aquellas personas que ambos países tenían por nacionales y por lo tanto obligados al servicio de las armas.

El art. 1º establece que "se considera que los individuos nacidos en el territorio de la República Argentina han satisfecho en Francia las obligaciones del servicio militar en tiempo de paz que les correspondía por las leyes francesas, siempre que hayan cumplido con las obligaciones impuestas por la ley militar argentina y lo justifiquen con la presentación de un documento oficial de las autoridades argentinas". Recíprocamente, lo mismo se establecía para los nacidos en Francia. El art. 3º aclaraba que el convenio "no modifica en nada la condición jurídica de los individuos en materia de nacionalidad"⁷².

Existía sumo interés por parte de ambas naciones en este acuerdo, ya que no era raro el caso de argentinos hijos de franceses que podían encontrarse en situación de desertores en el país de sus mayores a pesar de haber cumplido sus obligaciones en las fuerzas armadas argentinas. A la vez, algunos jóvenes que habían luchado durante la guerra con uniforme francés podían verse obligados a hacer el servicio militar en nuestro país.

Este convenio pudo eludir la suerte corrida por la mayoría de las negociaciones llevadas a cabo durante el período, necesitadas de la aprobación del Congreso.

La diferencia estribó, precisamente, en el término "convenio" que Isidoro Ruiz Moreno distinguió del tratado. Si para éste la aprobación legislativa era requisito ineludible, entendía el jurista que aquél correspondía a las "otras negociaciones" mencionadas por el art. 86 inc. 14 de la Constitución Nacional y como tales de competencia exclusiva del Ejecutivo sin intervención del Congreso.

El convenio fue para Gallardo una de sus realizaciones más satisfactorias, a pesar de las críticas que suscitó ya que, para parte de la doctrina, Podestá Costa entre ella,

71. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Memoria, 1928.

72. Podestá Costa, Luis. Derecho Internacional Público, Tipográfica Ed. de Argentina, 1960/61.

se lo juzgó objetable mientras no se tradujese en un tratado sometido a la aprobación del Congreso.

En cuanto al fondo del asunto, no faltaron críticas por considerarlo en contradicción con el art. 21 de la Constitución y con la legislación de servicio militar obligatorio.

Más allá de la distinción entre "convenio" y "tratado", lo cierto es que tanto con Italia, en 1938, como con España, en 1948, se suscribieron acuerdos similares al que favoreció Gallardo⁷³.

10. Periplo europeo

Próximo a concluir su ministerio, veía Gallardo plasmarse la iniciativa con que cerró su breve pero fecundo paso por la representación ante el Quirinal: la erección del monumento al general Manuel Belgrano.

Ello dio motivo a la realización de una visita al viejo continente y cuyos momentos más salientes fueron el acto inaugural en Génova y el homenaje al gran sabio Marcellin Berthelot en París.

Una vez en Roma, los Gallardo fueron invitados a almorzar por los reyes Víctor Manuel III y Elena, y recibidos luego por el jefe de gobierno, Benito Mussolini.

Como cinco años atrás, el Duce impresionó a Gallardo. Máximo cuando, al responder a un elogio del visitante sobre los progresos observados en Italia, exclamó: "Sí, gobernar es un oficio difícil de aprender y cuando yo comencé no sabía nada del arte del gobernar. Por eso he cometido al principio muchos errores que ahora reconozco".

En la mañana del 9 de octubre, y luego de comulgar, el ministro, su esposa, sus hijos Luis y Teresa, con Daniel García Mansilla y Luis Jacobé, fueron recibidos por el Sumo Pontífice. Tras la conversación de Pío XI y Gallardo a solas, fueron presentados los demás asistentes.

Luego vino el encuentro con el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado, durante el cual rondó el recuerdo de los ásperos momentos pasados durante la cuestión del Arzobispado.

La ceremonia de inauguración en la ciudad de Génova fue grandiosa y solemne y para presidirla se trasladó el rey. La banda de la fragata Sarmiento ejecutó el Himno Nacional, cantado por 1200 niños de las escuelas de la ciudad.

Con visible emoción tomó la palabra el ministro Gallardo. La bella figura moral del creador de la bandera fue exaltada en breves pero significativos conceptos. Así, pudo

73. Ruiz Moreno, Isidoro, Historia de las relaciones exteriores, cit.

decir que la inmortalidad la debe Belgrano más al héroe civil que al guerrero libertador, por sus escritos y preocupación constantes por la instrucción pública⁷⁴.

El ministro de Obras Públicas, Galeazzo Ciano, también visitante de Buenos Aires por aquellos años, contestó en nombre del gobierno de su país. Desfilaron luego los aspirantes de la Sarmiento y un cuerpo de ejército italiano. "La ceremonia había durado menos de media hora. ¡Qué buen ejemplo para nuestros inacabables discursos en las inauguraciones de estatuas!".

El rey almorzó en el buque de guerra que llevaba el nombre del prócer, y con nuevas muestras de afecto y cordialidad se interesó por el país y por la nave y expresó al ministro, a quien tuvo a su derecha, las felicitaciones por la organización, las que extendió a la oficialidad del Belgrano.

Gallardo encontró una sola manera de resumir sus impresiones: "Fue un día magnífico". Para alguien que vibrara tanto como él con el sentimiento de patria, el homenaje a uno de sus hombres más gloriosos debió sonar a apoteosis.

En París entrevistó al ministro de Asuntos Exteriores Aristide Briand, cuyo nombre ha quedado ligado para siempre al tratado para preservar la paz, que comenzaba ya a verse amenazada nuevamente.

Pero el momento culminante fue su participación en el homenaje que Francia rendía al gran científico Marcellin Berthelot⁷⁵.

El escenario fue el Panteón, bajo cuya cúpula se había construido una plataforma elevada, iluminada con candelabros con llamas de alcohol.

Gallardo y el ex-presidente Poincaré fueron los únicos oradores del solemne acto. En el vasto recinto y en francés, el ministro argentino evocó al sabio.

Comenzó diciendo que entre los papeles dejados por Berthelot el día de su muerte estaba un mensaje a los franceses residentes en la Argentina. Esta circunstancia demostraba cuán próximos están por el corazón y el espíritu Francia y la Argentina.

Trazando la semblanza del ilustre personaje, lo calificó de sabio de primerísimo orden, poseedor de una fuerte cultura clásica y literaria, historiador de la ciencia, parlamentario, político, educador, filósofo y diplomático. La multiplicidad de sus talentos y de sus conocimientos enciclopédicos, unido a la más profunda especialización, lo

74. M., 444.

75. Pierre-Eugène-Marcellin Berthelot, n. Paris 25-10-1827. Según el Grand Dictionnaire Universal de P. Larousse, sus trabajos marcan, en la historia de la química orgánica, uno de aquellos acontecimientos que cambian el rostro de las cosas. Profesor del Collège de France, y miembro de las Academias de Medicina y de Ciencias, donde sucedió como secretario a Louis Pasteur, ocupó diversos cargos públicos: Inspector General de Enseñanza Superior en 1876, senador en 1881, ministro de Instrucción Pública en el gabinete de René Coblet (1886-87) y de Asuntos Exteriores en el de León Bourgeois (1895-1897). Falleció en París el 18 de marzo de 1907.

hacen comparable a las grandes figuras del Renacimiento. Ciudadano de una democracia, no se creyó dispensado de tomar una participación activa en la cosa pública⁷⁶.

No es de extrañar la excelente repercusión del discurso.

Es que Gallardo seguramente sintió una afinidad profunda con el hombre que, en palabras de Vicente C. Gallo, había tenido como él el heroísmo de arrancarse a la calma del laboratorio para desempeñar cargos de responsabilidad política, como fueron los ministerios de Instrucción Pública y Asuntos Exteriores⁷⁷.

En Madrid los Gallardo fueron recibidos por el rey Don Alfonso XIII, quien los saludó "como a antiguos conocidos". En ausencia de Doña Victoria Eugenia, ocupó una de las cabeceras durante el almuerzo la reina madre Doña María Cristina que, nacida archiduquesa de Austria, conservaba resentimiento contra Víctor Manuel III por su conducta durante la guerra según demostró en la conversación.

También Don Alfonso XIII se sumó a las críticas al rey de Italia, para pasar después a comentar la prohibición que había de la Santa Sede respecto al diario "L'Action Française" de Maurras, y que él seguía leyendo porque le parecía muy bueno. "Todo esto, anotó Gallardo, me pareció algo muy fuerte para su Majestad Católica".

La impresión que dejó el rey fue "de simpatía y de espanto, por su indiscreción. Parecía imposible que en sus manos estuvieran los destinos de un país de la importancia histórica de España".

La franqueza y espontaneidad del monarca no ahorró una pregunta acerca del mote de "Peludo" con que se conocía a Yrigoyen. "Traté de explicarle que era por el parecido de sus costumbres ocultistas, con las de un armadillo velludo, al que vulgarmente se le llamaba "peludo" en la Argentina. Nos despedimos con la mayor cordialidad"⁷⁸.

Entre las actividades de Gallardo en Madrid se contó una visita a la anciana Infanta Doña Isabel, la inolvidable huésped del Centenario, cuya casa estaba atiborrada de regalos de argentinos, casi todos "de un gusto atroz".

La Real Academia de Ciencias lo recibió entre sus miembros y mantuvo entrevistas con el jefe de gobierno, General Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella, y con quien habría de tener la ingrata tarea de ser el último de la Monarquía alfonsina, Almirante Aznar.

La estancia en España deparó a los Gallardo la oportunidad de un peregrinaje entrañable a la aldea de Macharaviaya, cuna de la estirpe.

76. El discurso está tomado del original francés, tal como se publicó en el boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

77. Vicente C. Gallo: Acción Pública del Dr. Angel Gallardo. Anales de la Sociedad Científica Argentina, CXXXIII, Bs. As. 1942. págs. 82-84.

78. M., 467.

Nuevamente en París, asistió a una sesión en su honor organizada por la Academia de Medicina, almorzó con el presidente Doumergue en el Elíseo y recibió la Gran Cruz de la Legión de Honor, en grado que únicamente poseía en la Argentina precisamente Marcelo T. de Alvear.

En Londres, el ministro y su esposa fueron invitados a almorzar con los reyes en el Palacio de Buckingham. En el imponente comedor se había preparado una pequeña mesa para seis, donde tomaron asiento además el príncipe de Gales y su hermano Jorge, futuro duque de Kent, en una atmósfera en que, exquisitamente, se combinaban sencillez y protocolo.

Por supuesto que fue recordado el viaje del príncipe de Gales a la Argentina, interesándose éste por los amigos que dejó aquí.

Visitas a las universidades de Oxford y Cambridge, banquetes y homenajes jalona-ron esta etapa.

La siguiente fue Bélgica, cuyos monarcas, Alberto e Isabel, acogieron al visitante en el palacio de Laeken. El rey, que conservaba el aura de símbolo de la resistencia de un pequeño y valeroso país contra la invasión alemana, demostró un sorprendente conocimiento de la Argentina, especialmente de sus aspectos comerciales y de la co-tización de títulos y valores.

Siguiendo un pedido especial de Alvear, Gallardo llegó a Alemania. El mariscal Hindenburg y el ministro interino von Schubert lo recibieron y la universidad de Bonn le entregó el título de doctor honoris causa.

Mientras el ministro retornaba a la Argentina pudo hacer el balance de su gira. El diario "La Prensa", sistemático censor de su gestión, le había advertido antes de su partida que no creyese destinadas a él las muestras de simpatía que recibiría durante el viaje. Esta "severa amonestación", escribió Gallardo, no le impidió sentir la satisfacción como argentino ante la prueba palpable del prestigio internacional del país.

En Buenos Aires reasumió el ministerio, que había ocupado interinamente Antonio Sagarna, y se abocó en seguida a la situación planteada en La Habana, tema al que ya hicimos referencia.

Entraba así en la última fase de su gestión, que había llevado a cabo durante seis años y durante la cual contó en las representaciones diplomáticas argentinas, a más de los ya nombrados en el curso de este trabajo, a personalidades de la talla de Manuel Malbrán, Felipe Espil, Alberto Blancas, Roberto Levillier y Eduardo Labougle.

Correspondió a su departamento, además de las relaciones exteriores, el área de Culto y todo lo vinculado con la beneficencia y la asistencia social. En tal carácter tuvo, entre otras iniciativas, la de apoyar al Dr. Domingo Cabred, presidente de la Comisión

Asesora de Asilos y Hospitales Regionales, para que pudiera concretar la colonia de leprosos en la isla de Cerrito⁷⁹.

El 12 de octubre de 1928, Marcelo T. de Alvear entregaba las insignias del mando a su sucesor constitucional, Hipólito Yrigoyen. Habrían de pasar más de cincuenta años para que un civil entregase el mando a un sucesor como él elegido por el mecanismo constitucional.

Ese día, y cuando hubo finalizado la ceremonia en la Casa Rosada, Gallardo salió de ella siguiendo al ex-presidente, quien fue silbado por un grupo de radicales. Con mucha gracia, Gallardo cuenta que cuando Alvear y la primera fila de sus acompañantes habían pasado el cordón policial por el monumento a Garay, un agente lo tomó del brazo impidiéndole el paso, al tiempo que le ordenaba circular, con lo que simbólicamente cayó el telón sobre su actuación ministerial.

79. Guillermo Furlong. "Angel Gallardo". Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As. 1964.

VIII ULTIMOS SERVICIOS

El 3 de enero de 1930 falleció en París, donde se encontraba viajando con su esposo, la Sra. Dalmira Cantilo de Gallardo. Angel Gallardo volvió entonces acompañando los restos mortales. Siendo ministro había sufrido ya la pérdida de su madre y de su hermano, que también habían fallecido en Europa.

Escribe su hijo que Gallardo no pudo sobreponerse a esa pérdida. Fue en esos momentos de dolor que Beatriz Gallardo de Ordoñez le propuso emprender las que fueron sus "Memorias para mis hijos y nietos", una crónica de vida de características únicas por la extensión que abarca y los acontecimientos de los que fue atento y agudo testigo. Guillermo Gallardo, historiador él mismo, fue generoso en facilitar ese texto a quienes en los años posteriores estudiaron la presidencia de Alvear así como otros momentos de la historia allí reseñados. Finalmente, poco antes de su propia muerte, Guillermo Gallardo prologó y cuidó la edición completa efectuada por la Academia Nacional de la Historia, que integraba. Aun en el hecho de haber respetado la integridad de las Memorias, allí incluso donde su autor formula juicios severos sobre sus contemporáneos, los primitivos destinatarios de las mismas rindieron el mejor homenaje al padre y abuelo, y le ayudaron a realizar un último servicio al país a través de la preservación de su pasado.

Pero nuevas funciones aguardaban a Gallardo. En efecto, la Asamblea de decanos y consejeros de la Universidad de Buenos Aires lo eligió por unanimidad como rector.

El 12 de mayo de 1932 tomó posesión del cargo, oportunidad en que expresó, entre otros conceptos: "Alejado varios años de toda actividad pública creía haber conquistado el derecho al descanso, dedicando los últimos días que me quedan de vida a la compilación y publicación de los resultados de los estudios de ciencias naturales, que fueron siempre mi vocación predilecta, cuando me llamáis a ocupar el rectorado de nuestra Universidad en momentos particularmente delicados".

Definió su misión como de "pacificación de los espíritus" y, respecto a la relación docente-alumno dijo: "No puede admitirse que haya una oposición fundamental entre profesores y alumnos, ya que los alumnos de hoy serán los profesores del mañana, como los profesores de hoy los alumnos de ayer".

Similares conceptos reiteró al día siguiente, respondiendo al discurso de Clodomiro Zavalía: siempre he creído que el mejor juez del maestro es el alumno. Pero de ello no puede deducirse que el discípulo deba dirigir al profesor. "Sin duda la Universidad es para los alumnos, pero la enseñanza es dada por los profesores. Así como no se concibe un maestro sin discípulos, no es correlativamente posible la enseñanza sin maestros".

Su programa lo sintetizaba en dos palabras: disciplina y nacionalismo, "bases axiomáticas de todo instituto de enseñanza".

Extendiéndose sobre el significado de "nacionalismo", puso el énfasis en la "formación del carácter nacional y de las clases dirigentes de la sociedad. Esto es particularmente imperativo en un país nuevo, sin unidad étnica ni cultural, que está creciendo rápidamente por el aporte inmigratorio de muchos países habitados por razas diversas, con distintas culturas, en un estado más o menos elevado de desarrollo... No predico un nacionalismo agresivo y xenófobo, que estaría fuera de nuestras amplias tradiciones de tolerancia humanitaria, pero creo que tenemos el derecho y el deber de asimilar los aportes extraños a nuestro espíritu argentino, sin modificar su estructura fundamental"⁸⁰.

Vicente C. Gallo dijo: "La Universidad necesitaba una dirección firme y serena, imparcial y prestigiosa, recta e ilustrada. Salía de un período casi caótico; aún se sentían los estremecimientos de las convulsiones internas que periódicamente la habían sacudido perturbándola en sus funciones y desviándola de sus superiores finalidades. Era unánime el anhelo de que se reintegrara con honor a la normalidad de sus actividades y de que recuperara la posición de órgano superior de la vida espiritual de la Nación"⁸¹.

Por aquél entonces Angel Gallardo fue designado miembro de la Academia Argentina de Letras, constituida en 1933 bajo la presidencia de Calixto Oyuela y que, entre sus primeros miembros contó a Manuel Gálvez, Carlos Ibarguren, Enrique Banchs, Mons. Gustavo Franceschi, Juan B. Terán y Arturo Marasso.

El acto de incorporación tuvo la particularidad de que el presidente del cuerpo había sido profesor del nuevo académico en el Colegio Nacional. Gallardo tuvo palabras de reconocimiento a quien lo había iniciado en las obras maestras de la literatura española y al que veía al cabo de los años con el mismo entusiasmo juvenil "por todo lo bueno y lo bello", que "se conserva en sus ojos que brillan luminosos en su faz ebúrnea, coronada hoy de cabellos blancos". Por su parte, Carlos Ibarguren, que tenía a su cargo las palabras de recepción, había sido alumno del nuevo académico en el mismo colegio. Cabe señalar, que en esa ocasión precisamente, Ibarguren rectificó públicamente la posición que lo había enfrentado a Gallardo cuando el debate sobre armamentos, expresando que con el tiempo había comprendido que el ministro tenía razón.

En su pieza verdaderamente magistral, Ibarguren definió a Gallardo como "eminente escritor científico, cuyo estilo diáfano y sobrio representa a ese género de literatura con la austera dignidad que le atañe. Observador agudo y profundo de la naturaleza, ello explica la firme serenidad de su claro espíritu, la amplitud de su juicio ecuánime, la bondad de su noble corazón, el fervor religioso de su alma y esa piadosa ironía con

80. Gallardo, Angel, al asumir el rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

81. Vicente C. Gallo, op. cit.

que sonrío, a menudo, al contemplar las ambiciones deleznable y la flaqueza de los hombres".

El flamante académico, con modestia, comenzó aludiendo a que su gusto por la literatura y su afición por la música eran puramente instintivos.

Como no tenía antecesor en el sitial, pudo él elegir el patrono, y lo hizo en la persona del Dr. Francisco Javier Muñiz, el primer argentino que produjo estudios de ciencias naturales y formó un vocabulario de argentinismos y cuestiones de ortografía. Era también una manera de evocar al joven médico cuyo nombre llevaba y que tuvo por profesor al Dr. Muñiz, con quien saldaba así una deuda de gratitud.

Si recordamos el discurso del Jardín Florida cuarenta y tres años antes, este párrafo nos resultará revelador de la constancia de Gallardo en sus convicciones: "Las dificultades económicas que afligen al mundo podrán, tal vez, estimular el gusto por el estudio y la meditación. El espíritu se reconcentra mejor en una digna pobreza material, sin las distracciones del vertiginoso progreso que nos ha tenido deslumbrados y distraídos en los últimos años. Tiempo es ya que las especulaciones intelectuales ocupen parte de la atención absorbida casi exclusivamente por las especulaciones comerciales"⁸².

Designado primer miembro del directorio y luego presidente del Ferrocarril Pacífico, Gallardo presentó su renuncia al cargo de rector de la Universidad el 2 de abril de 1934.

El adolescente que examinaba con curiosidad las locomotoras se había transformado en el presidente de una de las empresas ferroviarias, cargo en el que sucedió al eminente Manuel Augusto Montes de Oca.

Poco más de un mes desempeñó Gallardo estas funciones.

La muerte lo sorprendió mientras dormía en la noche del 13 de mayo de 1934. Dejó el mundo con la serenidad con que vivió. Sobre su mesa de trabajo estaban los papeles para la jornada siguiente, puesto que hasta el final se mantuvo en plena actividad.

Tenía sesenta y siete años, y no es un lugar común decir que la ciencia y el país podían esperar aún mucho de él.

Sus exequias testimoniaron el duelo con que se despedía al hombre de ciencia, al servidor público, al cristiano y al caballero íntegro y noble.

El presidente Justo, con quien había compartido los seis años en el gabinete de Alvear, se inclinó sobre sus restos, y el canciller Carlos Saavedra Lamas ostentó la representación oficial haciendo uso de la palabra en el cementerio de la Recoleta.

Su sitial en la Academia de Letras fue ocupado por el futuro Premio Nobel, Bernardo Houssay, que integró el Consejo de la Universidad durante su rectorado y pudo decir:

82. Boletín de la Academia Argentina de Letras, Tº I, año 1933.

“como universitario es la personalidad más sobresaliente que haya conocido”, y en su discurso exaltó su calidad de hombre de ciencia y la armonía con que en él la fe y la ciencia se conjuraron y trazó, a partir de esa figura paradigmática, un programa para el desarrollo de la ciencia en el país⁸³.

El Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de Buenos Aires y la avenida adyacente llevan, como digno homenaje, el nombre de Angel Gallardo.

83. Houssay, Bernardo A., op. cit.

IX CONCLUSION

En su semblanza de Angel Gallardo, Vicente C. Gallo, quien discrepó con él en el gabinete de Alvear en torno a la intervención de Buenos Aires, y que lo siguió como rector de la Universidad, pudo decir con nobleza y conocimiento de causa: "Le correspondió ser Ministro de Relaciones Exteriores en horas propicias -tranquilo el ambiente político, aunque con las agitaciones normales de una vida democrática intensa- sin conflictos internacionales y en fecunda prosperidad económica. Pudo servir y realizar durante los seis años de la presidencia de Alvear una gestión diplomática activa e intensa, de orden y de cordialidad. Durante su ministerio, la personalidad internacional de la República se acrecentó destacándose con dignidad prestigiosa dentro y fuera de sus límites territoriales. No resolvió grandes problemas, espectacularmente, no los había tampoco como herencia ni los suscitó con su labor. Fue ésta siempre de cortesía, de gentil corrección en las formas, de altiva dignidad en el fondo, de atención vigilante de los intereses del país. Son innumerables los tratados y las convenciones que suscribió sobre las más diversas materias, resolviendo múltiples problemas de orden distinto, político, económico, sociales, y comprobando con su ejemplo la exactitud de sus palabras a los estudiantes del Colegio Nacional cuando les dijo: "Se puede realizar obra patriótica en las actividades más sencillas de la vida diaria..."

"El puesto que a él le cupo no fue oscuro sino brillante y en primera línea, propicio para la labor fecunda y la feliz exteriorización de las propias aptitudes. Como fruto de las actividades diplomáticas desarrolladas durante el tiempo de su ministerio, la República se sintió reconfortada y ennoblecida por el respeto y la cordialidad de los países con quienes cultiva relaciones"⁸⁴.

A seis décadas de su muerte, la presencia espiritual de Angel Gallardo se mantiene viva como una de las más ilustres personalidades de la ciencia en la Argentina.

A este de por sí relevante título, se añade otro que no lo es menos, el del servicio al país a través de las funciones de presidente del Consejo Nacional de Educación, ministro extraordinario y plenipotenciario ante el rey de Italia, ministro de Relaciones Exteriores y Culto y rector de la Universidad de Buenos Aires.

En todas estas múltiples actividades honró a su Patria y levantó bien alta la bandera de la paz, el progreso y el orden inscriptos en el programa de la Constitución Nacional.

Lo hizo ejerciendo las virtudes que sus panegiristas han evocado ya, con una admirable fidelidad a sí mismo y con una religiosidad que se trasluce en sus escritos y actitudes y que no dudó en afirmar en voz alta, pero sin ostentación, en tiempos en que no era ni fácil ni cómodo hacerlo.

84. Vicente C. Gallo, op. cit.

La Argentina que él representó en el exterior y la que, desde el gabinete del científico o desde el sillón ministerial, contribuyó a hacer conocer y apreciar, parecía encaminarse definitivamente por senderos que despertaban la admiración de otras naciones, castigadas por las guerras, las luchas intestinas y el hambre.

En tiempos de crisis de ejemplaridad, volver la mirada a esa Argentina y a los hombres que, como Angel Gallardo, la hicieron posible es no sólo un deber de gratitud sino una acuciante invitación a seguir sus huellas.